

# LA TRINITARIA BLANCA

(Comedia dramática en tres actos)

Premio Nacional de Literatura 1957

20/Nov/58  
18 may 56  
JRS

1981811  
~~ESTR~~

SEMINARIO MUL. 'DISCIPLINARIK.  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS

~~AAO~~  
C.1

*Al Teatro Escuela de Arte Nacional,  
que ha hecho posible la representa-  
ción de esta obra.*

*A Juan González Chamorro.*

## PROLOGO \*

*Es indudable que toda obra dramática adquiere su verdadero sentido, su exacto significado, al tomar realidad escénica, al ser representada; pero también es cierto que nada tan efímero como la vida física de una realización teatral. En la inexorable mecánica de los escenarios, un montaje, que supone semanas de afanes y de lucha, desaparece en unas horas para dejar paso al siguiente, y de esa magia de luz y color que avivó un día la ilusión del espectador sólo queda en su recuerdo como el leve destello de un relámpago. El texto puede quedar aprisionado en las páginas del libro y algunas veces la fotografía fija determinados momentos de la plástica de una realización; pero tanto el lector, como el afortunado espectador de un día, desconocen la pequeña historia que tiene toda comedia, ese segundo proceso de creación de la obra teatral, desde que se inician los ensayos hasta la noche del estreno. Por eso al pedirme Manuel Rueda un prólogo para la edición de su comedia pensé que lo mejor era relatar al lector esa pequeña historia de "La Trinitaria Blanca", el camino que siguió desde que la recibí de manos de su autor hasta la hora en que se levantó el telón.*

\* Este prólogo fue escrito para la primera edición de la comedia, Colección Pensamiento Dominicano, volumen No. 14.

"La Trinitaria Blanca" fue escrita en principio para un cuadro experimental, y aunque su autor no había dado por terminado su trabajo, que retocaba y pulía con sumo cuidado, nos la leyó una tarde al Dr. Horacio Vicioso, entonces Director General de Bellas Artes, y a mí.

La obra me causó una excelente impresión, pero dándome cuenta de las complejidades que encerraban sus personajes, le aconsejé que no tuviera prisa en estrenar, que cuidara su presentación y que, con tiempo, meditara sobre algunas escenas donde, a mi juicio, la gran vena lírica de Rueda se dejaba sentir quizá con exceso y en perjuicio del lenguaje directo y teatral que la intensa acción dramática de la obra requería. Por otra parte, en su construcción, estaba concebida y desarrollada con tal maestría que reflejaba un seguro dominio del difícil arte teatral. La peripecia argumental llevaba un interés ascendente; y escenas que en otras manos hubieran representado un temible escollo, habían sido resueltas de una manera valiente, con un extraordinario acierto y sin fáciles concesiones al público.

Manuel Rueda, después de esta primera lectura, cuidadoso y exigente con su trabajo, siguió laborando en la comedia hasta que un día y previo acuerdo con el Cuadro Experimental, me la entregó para que fuese montada por el Teatro-Escuela y entramos en esa etapa apasionante de los ensayos.

En la sorprendente y variada flora antillana, la trinitaria es una planta trepadora que cubre los muros de muchas casas de Santo Domingo y que se da en distintas variedades cromáticas, siendo la blanca una de las menos frecuentes. El color blanco de esta trinitaria adquiere un alto sentido simbólico en la obra de Manuel Rueda cuyo problema gira en torno a la frustración motivada por los prejuicios familiares y sociales que pesan

sobre el carácter de una mujer, cohibiendo sus instintos naturales y encerrándola en una forzada soltería a la que no quiere resignarse.

La soltería como situación dramática tiene en el teatro antecedentes ilustres. Entre ellos, "Doña Rosita la soltera", de Federico García Lorca, y "Frenesí", de Peyret-Chappuis, pero frente a estos dos tipos de mujer la Miguelina de Manuel Rueda posee características propias. Lo que en Lorca es pura atmósfera lírica encerrando las perdidas ilusiones de Doña Rosita en una tranquila resignación neorromántica, en Rueda el carácter de su protagonista tiene un superior alcance humano. Por otra parte, este calor de humanidad de que reviste nuestro autor a su heroína falta por completo en la Esther de "Frenesí" que es un tipo por completo deshumanizado, esquemático y lleno de resentimiento. Y aunque entre ambas exista cierta semejanza, ya que en los dos casos se trata de mujeres que desconocen el amor sin razones físicas para ello, la solución dada por Manuel Rueda al conflicto es más valiente y posee, indudablemente, mayor intensidad dramática.

Planteado en el primer acto el problema de "La Trinitaria Blanca" de una manera clara y directa, era difícil mantener este tono sin caer en la concesión fácil, pero Manuel Rueda, con una extraordinaria habilidad de dramaturgo, consigue un espléndido segundo acto perfectamente estructurado en todas sus escenas, con un interés en aumento hasta culminar en el diálogo entre Miguelina y Sebastián donde el clima dramático de la obra adquiere su máxima tensión basada en una situación de sorprendente efecto teatral y apoyada en un diálogo cortante, incisivo, ágil y de gran agresividad, que Rueda sabe mantener, con pulso firme, hasta el final de la pieza, resuelta de una manera original y valiente.

El reparto no era fácil. A esa maravillosa pléyade

de vocación y entusiasmo que son nuestros actores dominicanos les falta edad para incorporar determinados papeles. Por ejemplo, Esperanza de Alvarez, la actriz que podía encarnar la protagonista, no tiene, afortunadamente para ella, los años que requiere el personaje de Miguelina, y todos sabemos lo difícil que resulta para una actriz joven dar ese tipo medio para que sin la ayuda del maquillaje resulte convincente. Gracias a su inagotable entusiasmo y vocación disciplinada pudo llegar a una exacta compenetración con el personaje. El Sebastián era otro serio problema. Se requiere un actor de gran sensibilidad, ya que su aparición en el primer acto debe ser arrolladora, elástica, plena de transiciones y de matices, para luego ir perdiendo realidad de una forma gradual hasta el tercer acto en que su presencia es casi imagen, símbolo. Luis José Germán a fuerza de estudio y de paciencia consiguió incorporar este complejo papel y transmitir al público todo lo que el autor había puesto en él.

Monina Solá, Nubia Ulloa y Máximo Avilés Blonda tenían a su cargo caracteres de menores dificultades interpretativas y, por otra parte, su ya probada veteranía y disciplina escénicas representaban para mí un esperanzador margen de confianza. Armando Hoepelman y Camilo Carrau completaban el reparto con Ilander Selig, a quien confié ese brevísimo pero peligroso papel del Jardinero. Peligroso porque su intervención cierra la obra en una escena de fuerte tensión dramática y su aparición puede desconcertar al público. Su actuación debe ceñirse a la máxima sobriedad y saberse mantener a foro como un silencioso símbolo.

Aunque la obra había sido repartida con anterioridad, otros compromisos del TEAN, no nos permitieron iniciar los ensayos hasta primeros de febrero y el estreno había sido fijado para el 28 de este mes. El tiempo, teniendo en cuenta el horario de ensayos a que tie-

ne que ajustarse nuestro Cuadro de Comedias, era sobradamente escaso, pero todos comprendieron que era necesario el esfuerzo máximo, y con un ritmo intenso de ensayos el montaje de "La Trinitaria" avanzaba rápidamente. Muchas noches Manuel Rueda asistía a los ensayos sin poder controlar sus nervios cuando la sintaxis de un párrafo saltaba deshecha en esa lucha diaria de la letra contra el actor. Poco a poco las ideas iban entrando dóciles en el terreno de la comprensión y hasta aquellos vocablos que se resistían tercios una y otra vez, iban siendo domados por el estudio y la paciencia infatigable de ser repetidos docenas y docenas de veces, hasta que las réplicas adquirían su exacta velocidad y el ritmo de una escena se mantenía en su justa medida. El autor tenía, como es lógico, sus felices momentos de optimismo y sus amargas horas de desfallecimiento, en que al terminar un ensayo nos reuníamos bajo el telar vacío y discutíamos la conveniencia de aligerar una escena, de cambiar en el texto una palabra que hasta entonces nos había parecido perfecta y que al ser dicha por el actor resultaba artificiosa y poco teatral. Aquella noche, al volver a su casa, Rueda, con esa exigencia para su propio trabajo que le caracteriza, y ese agudo sentido crítico que no le abandona jamás, rehacía la escena que pasaba mecanografiada a los actores al comenzar el ensayo siguiente. De esta forma la comedia tenía un segundo proceso de elaboración que permitía corregir la conveniente dimensión de una escena, o el ritmo apropiado de un diálogo. Ya no era la cuartilla lo que el autor tenía delante, era el elemento humano, el actor, al que se moldeaba directamente y, en definitiva, la obra salía siempre ganando.

De los tres bocetos de decorado que habíamos solicitado, elegimos el de Rafael Márquez que era el que mejor había interpretado el "clima" necesario para la obra y que pacientemente colaboró luego en todas las

sugestiones que se le hicieron. Luis Acevedo montó el decorado con su pericia acostumbrada. Clara Ledesma puso a nuestro servicio la gracia de su inspiración para diseñar los figurines del vestuario.

La utilería nos trajo de cabeza durante varios días, hasta que la amabilidad de Rafael Andrés Ortega nos abrió las puertas de esa maravillosa casa-museo que posee en la calle Arzobispo Meriño, facilitándonos todo lo necesario para que la escena quedase servida con propiedad y justeza.

El ensayo general al que llegamos con un ambiente sobrecargado de nervios, no pudo ser más desastroso. Fallos en la luminotecnia, agotamiento de los actores, en fin, todo parecía confabulado para que aquella noche el más negro pesimismo se cerniese sobre el estreno de "La Trinitaria Blanca". En el teatro sabemos que esto suele ser presagio de éxito, pero, por si acaso, horas antes del estreno se volvieron a ensayar efectos y luces.

A la hora prevista, el telón se abrió ante una expectación desconocida y el estreno transcurrió sin una vacilación, con el ritmo justo en cada escena; los nervios de la noche anterior habían desaparecido y la confianza había vuelto a renacer en los actores. Sólo hubo un momento de peligro, al final del segundo acto, al fallar un arma que ha de utilizarse en escena. Fue escasamente una fracción de segundo lo que tardó en sonar el disparo entre cajas. Iván García, en funciones de regidor, había cumplido exactamente su anónimo cometido en la compleja maquinaria del teatro.

Y así, "La Trinitaria Blanca" entraba en la historia del teatro dominicano con todos los honores. El Teatro-Escuela se apuntaba un nuevo éxito y con él nacía para la escena nacional un auténtico valor: Manuel Rueda.

Juan GONZALEZ-CHAMORRO

## PERSONAJES

DON ANTONIO

MIGUELINA, hermana de don Antonio

LUISA, hija de ambos

DOÑA INES, su mujer

ENRIQUE, novio de Luisa

SEBASTIAN, un aventurero

EL DOCTOR

EL JARDINERO

Esta obra fue estrenada en el Palacio de Bellas Artes por el Teatro Escuela de Arte Nacional, el día 28 de febrero de 1957, formando parte del programa de actos conmemorativos del 113 aniversario de la Independencia de la República, y con el siguiente

REPARTO:

D. ANTONIO ..... MAXIMO AVILES BLONDA  
 MIGUELINA ..... ESPERANZA P. DE ALVAREZ  
 LUISA ..... MONINA SOLA  
 DOÑA INES ..... NUBIA ULLOA  
 ENRIQUE ..... CAMILO CARRAU  
 SEBASTIAN ..... LUIS JOSE GERMAN  
 EL DOCTOR ..... ARMANDO HOEPELMAN  
 EL JARDINERO ..... ILANDER SELIG

Dirección y realización:  
 JUAN GONZALEZ CHAMORRO

LA OBRA

En esta obra he querido pintar aquella soltería que entraña una frustración, dejando de lado el caso de quienes por libre decisión o por un voluntario renunciamiento, han decidido encauzar sus impulsos hacia más altos fines, trasmutándolos en puros valores espirituales.

Concibo la soltería, en algunos casos, como preservación de elementos valiosos a los que un estado de interioridad ilumina más allá de todo lazo material. Tales seres, escogidos, quedan fuera de los alcances meramente conflictivos de esta obra.

Hasta qué punto los prejuicios familiares y sociales pueden ser, llegado el caso, un impedimento para lo particular y distintivo de un carácter, es accidente que no contradice, por ello, la sagrada finalidad de ambas instituciones. El alma humana es un abismo y las leyes de conducta, por demasiado generales, suelen quedar a veces en la periferia de los acontecimientos: rastrean el hecho, consignan los fenómenos resultantes en una dirección plana, horizontal, mientras que la verdad, ese rayo de clarividencia divina, se mueve de arriba hacia abajo y sólo alcanza a coincidir con ellas en un punto.

Esta no pretende ser, por lo demás, una obra de polémica, defensora de ciertas actitudes extremas del ser. Este es el drama de una vida cuyas justificaciones escénicas estriban, tanto en el alcance dramático, como en su incuestionable realidad psicológica.

Por suerte no somos un pueblo apegado a morbosidades. Sabemos ver con rectitud y asimilar con propiedad cuanto se nos quiere dar a entender. Esto nos salva. Lo que alcanza un poco de belleza puede y debe ser, en sí mismo, moral, aún a despecho de quienes no estén en condiciones de reconocerlo.

Si somos valientes o, lo que es igual, sinceros, nuestro teatro podrá alcanzar un verdadero rango nacional y universal. El arte confronta un destino demasiado valioso y urgente. Por fidelidad a este principio no debemos volver atrás la cabeza como si no quisiésemos mirar.

## LOS PERSONAJES

### DON ANTONIO

Es el típico señor de pueblo, simple y afectuoso, tolerante siempre que no estén en juego costumbres y conceptos heredados, en cuya preservación cifra su honorabilidad de esposo y padre de familia. No se opone, como muchos de sus congéneres, a los adelantos de la vida moderna, siempre y cuando éstos contribuyan a cierto placentero decoro, necesario para mantenerse, en el plano social, dentro del rango que ya se posee por tradición. En cuanto a las incitaciones espirituales que los nuevos tiempos traen consigo, no las entiende y aunque no mantiene una actitud hostil, trata de permanecer lo suficientemente alejado de ellas.

Ha cumplido en todo momento con su deber, motivo de más para vivir satisfecho. La educación que ha proporcionado a su hija lo llena de un justo orgullo, aunque no considera la posibilidad de que tal educación pueda dar ventajas a una muchacha que, como principal timbre de honor, debe ostentar el de "hija de familia".

La conciencia de su superioridad ha creado en él una fuerza aparente. Bastará ponerlo a prueba para que descubramos sus puntos vulnerables. Sin razón alguna que lo justifique, puesto que otros en el pasado han trabajado para él, se siente estimulado, con bastante frecuencia, por la idea halagüeña de que gran parte de su prosperidad la debe al propio esfuerzo. El respeto que los demás le evidencian viene a ser como una confirmación de ello.

## LA TRINITARIA BLANCA

### DOÑA INES

Es una mujer robusta, pero llena de fragilidades. Refinada y sutil, parece moverse dentro de algo vago e irreal. Como la vida de pueblo es monótona, ella ha creado su propia realidad en donde sólo caben las cosas hermosas, como su jardín. Se mueve en una atmósfera vaporosa, idealizada, y sólo su estado de esposa y madre la aleja de lo extremadamente banal.

Nunca se ha preguntado cómo marcha su casa. El que las cosas prosigan como es debido es para ella algo tan natural que el menor contratiempo tendría las mismas proyecciones de una catástrofe: sería inconcebible. Si pudiéramos pedirle una definición del dolor, o de lo que significan para ella las vicisitudes de la vida, de seguro nos diría algo semejante a esto: "Es lo que puede ocurrirle a los demás".

### LUISA

Es una muchacha encantadora de unos 18 años de edad, con suficiente talento y cualidades morales como para poder ser alegre sin superficialidad. A veces parece abandonarse al frenesí de la juventud, pero en seguida vuelve a un sano reposo, como si estuviera preparada para sufrir cualquier dura prueba sin doblegarse.

Ha hecho estudios superiores y eso la coloca en un sitio de privilegio, aun ante sus mismos padres para quienes el único culto posible es el de la experiencia. Ella no se aprovecha de tales ventajas. Goza con que la traten como a una muchacha cualquiera de su edad y si alguna vez recurre a actitudes intelectualizadas es cuando piensa que tal cosa pueda ser de alguna utilidad. Desea tener responsabilidades, deberes que cumplir. Después de todo, una educación que ha costado dinero y esfuerzo deberá, tarde o temprano, llenar un cometido.

### MIGUELINA

Su actitud más frecuente ante la vida es la de reserva. Aún en medio de inusitados arranques de locuacidad y de exaltadas confesiones, parece rodearse de una atmósfera hermética, como si algún juramento íntimo la ligara a un vergonzoso secreto. Sin embargo su actitud es digna y un tanto altiva, pudiendo llegar hasta lo sibilino. Es amable, pero sin blan-

dura. La entonación de su voz es severa, salvo en los pasajes de transición, para los que se sirve de una gama que va de lo lírico a lo delirante, debiendo evitarse todo extremismo que pueda propender hacia lo caricaturesco. En general sus actitudes deberán ser sobrias y justas.

Personaje central de la comedia, las circunstancias la convierten en el tema obligado de quienes la rodean. Todos quieren hallarle una explicación convincente. Aunque la primera en explicarse es ella misma, las cosas siguen tan problemáticas como antes. El autor deberá dejar el caso en manos de los demás personajes. Si de alguna complicidad se hace reo, deberá ser la de su comprensión, que lo ha llevado a mirar, tal vez con demasiada cercanía, sobre la intimidad ajena. Por consiguiente, todas las escenas de Miguelina y Sebastián han sido observadas y reproducidas a través de la primera. Su certidumbre, pues, deberá ser dilucidada por el testimonio de aquellos que intervienen directamente en el problema, quedando el autor ajeno a toda situación comprometida.

#### ENRIQUE

No es inteligente. Lo sabe, aunque no sufre por ello. A veces piensa que la inteligencia de Luisa es un obstáculo a sus relaciones, pero la admira tanto que se resigna con quedar reducido a su exigua posición de adorador. Por otra parte tiene atractivos físicos y unas maneras tan suaves, provenientes de su misma timidez, que hacen de él un tipo interesante para las muchachas sagaces como Luisa. Si trata de conseguir un título universitario se debe a que la posesión, de Luisa, y no el bienestar económico futuro, será la coronación de sus esfuerzos, el premio que verdaderamente le importa. Sus planes no apuntan en otra dirección.

#### SEBASTIAN

Su descripción está más allá de nuestras prerrogativas. Deberá poseer juventud (aunque no tanta que lo haga blando e inconsistente), y atractivos como para que su sola presencia provoque asombro e intrigue. Se moverá en un plano intermedio entre la realidad y lo irreal, que no desentone con el ambiente ni con su posible significado simbólico. La libertad es su elemento natural. Podrá adoptar actitudes varias, desde la del seductor sin escrúpulos hasta la del enamorado román-

tico, siendo aconsejable una utilización extensa de recursos que vayan amoldándose a las complejas actitudes interiores de Miguelina, como si tratara de provocarlas y de secundarlas a la vez.

Quien, ateniéndose a una primera impresión, le atribuya una naturaleza ruda y excesivamente atlética, estará lejos de representarse las condiciones físicas de este personaje. Su fortaleza más bien es ideal y lo inclina hacia un mundo de fáciles equilibrios. La suya es una fuerza que se plasma en la pirueta súbita, antes que en el golpe. Esto, llevado más allá de toda conveniencia podrá, igualmente, constituirse en un factor peligroso; con todo, resultará menos grave que si se lo sustituye por la actitud contraria.

Sebastián irá perdiendo realidad en cada acto, a consecuencia del dilema entablado entre Miguelina y los demás personajes. Por tanto, el actor que lo encarne debe cuidarse muy bien de no repetir, en sus apariciones del segundo y tercer actos, las actitudes vitales y avasalladoras que sólo es posible utilizar al comienzo de la obra. Como ya se ha dicho, la realidad de Sebastián depende de las afirmaciones y negaciones de los demás personajes. El asomará y desaparecerá según el juego de las circunstancias. Terminará sostenido por un débil hilo de fe o de remota esperanza, interiorizado en Miguelina que lo trae desde muy lejos, casi exento de gravedad, a sobrevivirse en un trasfondo vago de recuerdos. Por tales razones deberá eludirse cualquier recargado matiz melodramático en la escena final del segundo acto. En medio de su grave patetismo, el momento deberá quedar trascendido a la pura sugerencia.

#### EL DOCTOR

Ha empezado su carrera en la provincia. Talento, buenos modales, empaque varonil que él trata de asemejar a la majestad, le han granjeado la simpatía de todos, muy especialmente de las damas, por razones obvias de las cuales el talento es la de menos peso. Su apariencia profesional está cifrada en unos gruesos espejuelos negros. Un médico joven en un pueblo, como primera tarea a cumplir, tendrá que ganarse la confianza de los viejos, invistiéndose de una apariencia respetable. Los espejuelos le sirven al dedillo. Los lleva como podría llevar un antifaz, para esconder su juventud detrás de ellos. Estas y otras argucias semejantes lo preservan, ade-



más, del alocado romanticismo de las muchachas, cuyos suspiros constituyen los principales síntomas de sus graves y engañosas dolencias.

En el tercer acto don Antonio dice su mayor elogio: "La salvación de nuestros pueblos está en esos jóvenes que comienzan sus carreras modestamente, lejos de la competencia capitalista y que aún no han sido corrompidos por ella. Ejercen su profesión denodadamente, como si cada paciente debiera cubrirlos de gloria".

#### EL JARDINERO

Un personaje sin importancia.

#### LA ESCENA

Casa de familia acomodada, en algún pueblo de la República. Sa la interior amplia separada de una terraza por arcadas y columnas de tipo colonial. Jardín al fondo, al que se llega descendiendo varios peldaños.

Como en los pueblos la sala principal se destina a visitas que deben ser tratadas con cierta ceremoniosa cortesía, esta sala interior viene a ser el sitio más íntimo de la casa. Allí se reúne la familia después de las comidas y cada vez que sus miembros desean tomar el fresco o cambiar impresiones.

Pocos muebles, los necesarios para dar el ambiente de tradición y de confort. A la izquierda un diván y una lámpara de pie; asimismo una mesita para revistas. Junto a la pared un bargueño de caoba labrada donde se guardan copas y botellas. Al lado de una mecedora antigua, un alto costurero de paja y de caoba. En alguna parte, un espejo de época.

Hacia la derecha, dos puertas. La de primer término conduce a un pasillo, invisible para el espectador, que da acceso a la sala principal y que remata en la galería exterior. La otra, un poco más elevada, como toda la terraza, y a la cual se sube mediante un peldaño, comunica con la habitación de Miguelina. Enfrente, y siguien-

do por la terraza, salida al comedor. La única puerta visible de la izquierda dará a los demás dormitorios y dependencias de la casa.

La austeridad del ambiente está atemperada por la cambiante luminosidad del jardín, desde donde se asoman, fragmentariamente, algunos follajes y enredaderas, junto a una sugerencia de cielo.

A pesar de ello, una colección de viejos retratos familiares, desde las paredes, produce una agobiante sensación de ahogo. A simple vista se puede ver que en esta casa son lo más importante. Ellos están en su ambiente, hecho por el cual no entorpecerán en su abigarrada diversidad la armonía de la escena. Se enseñorean del espacio con un derecho mayor que el de los vivos. Si los dejásemos, serían los verdaderos personajes de la obra. Allí están, silenciosos y tiránicos, desde el borroso pastel que representa a una señora, cuya sonrisa, un tanto forzada, parece revolotear entre el consabido ramo de rosas que no se le olvidaba nunca al artista como complemento a un noble rostro de mujer, hasta el medallón de marco dorado donde un caballero de roja guerrera, la mano eternamente sobre el corazón, recuerda a sus descendientes que el honor es lo primero. Las miradas de todos ellos deberán caer irremisiblemente sobre los actores, dando la impresión de una perpetua vigilancia.

Una lámpara central que descende del techo, proveerá la escena de una luminosidad intensa, mientras que la lámpara de pie, junto al diván, dará una mayor intimidad en su media luz grata, permitiendo así que en el segundo acto la brusca irrupción de la luz del jardín sea de un efecto fulminante.

## ACTO PRIMERO

(Es de noche. La escena está completamente iluminada por la lámpara central y se escucha una música suave junto a los ruidos apagados de una fiesta. Don Antonio aparece por la izquierda. Viste pantalón y camisa de etiqueta. Se detiene un momento luchando por hacerse el lazo de la corbata).

Don Antonio

(Asomándose a la puerta de la habitación de Miguelina)

Miguelina, ¿puedes ayudarme?

(Miguelina aparece. Lleva un sencillo vestido de entrecasa. Toda su persona acusa desaliño y cierta sequedad propia de quien ya nada espera de la vida).

No he nacido para esto. Me quedan mejor las botas y los pantalones de montar que el smoking. Nunca he sido un petimetre de ciudad. Pero el hombre propone y la mujer dispone. Hay que ir a la fiesta de esos presumidos. Los quince años de la señorita,

(citando)

“para lo cual se solicita, muy gentilmente, su asistencia”. Mi mujer dice que debo ir de smoking, pues eso es lo respetable y que además ellos lo van a agradecer como una atención.

Miguelina

¡Rarezas de nuestro pueblo!

(Ha terminado de hacer el lazo).

Don Antonio

Gracias. Tienes especialidad en hacer estos menesteres primorosamente. ¿Por qué no te has preparado para ir a la fiesta?

Miguelina

Tengo jaqueca. Además... ¿para qué?

Don Antonio

Te hace falta un poco de diversión, querida hermana. No puedes pasarte la vida encerrada, consumiéndote inútilmente. Ni siquiera el campo te atrae...

Miguelina

Aquí todo me parece más mío. Para una mujer vieja su cama y unos cuantos árboles que le sirvan de apoyo, son suficientes. Agradezco tu invitación, pero no es divertido ver cómo los demás se divierten. Sobre todo cuando a una no le queda más remedio que estarse muy quieta en su silla, abanicándose desesperadamente. Eso si el corset no te molesta durante toda la noche.

Don Antonio

Sin duda nos parecemos: tú odias el corset y yo las corbatas de lazo. Pero en cambio está la gente...

Miguelina

Sí, la gente... ¡Aburridísima! No me divierte hablar del tiempo con las señoras, o de la mejor manera de hacer un flan; ni de las cosechas o de la última epidemia del ganado con los señores; ni de novios con esas niñas tontas y sentimentales. El amor ya tiene algo de indecoroso para mí... Y no me vuelvas a decir que aún estoy joven... ¡es un pobre consuelo para mí!

Don Antonio

Soy mayor que tú y sin embargo me siento en la flor de la edad.

Miguelina

Hasta esa ventaja nos llevan ustedes los hombres. Ustedes maduran lenta y espontáneamente. Son los amos del tiempo. A nosotras hay que hacernos madurar, de lo contrario nos quedamos verdes para siempre. He ahí la diferencia. Viejas y con la madurez detenida, esperando a que el azar traiga a nuestro lado el galán que necesitamos para dar de nosotras mismas cuanto tenemos retenido. Estoy en una edad en que nadie debe serme necesario. So-la. Eso es lo que soy: una mujer sola. Contra ello es imposible luchar.

Don Antonio

Nunca te había oído hablar así... ¡Es peligroso!

Miguelina

(Recuperándose)

¡Olvidalo! Será esa bendita música. La música le llena a una la cabeza de tonterías.

(Llevándose una mano a la frente)

Además, este dolor de cabeza...

(Como si prontamente se sintiera aliviada)

Anda, Antonio, apura a tu mujer y a tu hija o de lo contrario llegarán tarde a la fiesta.

Luisa

(Apareciendo por la izquierda, ataviada con un primoroso traje de fiesta que la hace ver aún más juvenil).

En cuanto a mí, ya estoy lista.

Don Antonio

O casi lista. Vienes a que Miguelina te dé el último toque. Debes molestarla lo menos posible; no se siente bien.

Miguelina

Después de todo no es gran cosa lo que tengo.

(A Luisa).

Ven a que te mire.

Luisa

Una vez enlazado papá, debes hacer lo mismo conmigo.

(Se vuelve para que ella vea los extremos de la cinta que quiere anudarse en la espalda. Don Antonio sonríe y sale).

María nos ha hecho falta. Es inútil pensar que yo sola pueda arreglarme como es debido.

Miguelina

María también quería tener su fiesta.

Luisa

El que una prima suya se case no es motivo para que haya pedido permiso por tantos días.

Miguelina

Una semana es lo tradicional en el campo; a la novia hay que ayudarla a dar ese paso y ello precisa festejos. Y sobre todo, lágrimas.

Luisa

Eso: lágrimas. Pueden renunciar a todo menos al derecho que creen tener a esas lágrimas. María no debió...

Miguelina

(Interrumpiéndola)

Hay que tener tolerancia.

Luisa

Pero tía, ¿no tienes miedo a quedarte sola?

Miguelina

No estaré sola. La fiesta es ahí al lado y la música me acompañará.

(Termina de hacerle el lazo y de dar unos toques a su peinado)

¡Ya está!

Luisa

Mírame ahora... ¿Qué te parezco?

(Da una vuelta)

Miguelina

Eres joven y bonita, ¿qué más quieres?

Luisa

¿Crees que le gustaré?

Miguelina

Enrique es como todos los hombres: vanidoso de la muchacha que le pertenece. Le gustarás de todas maneras.

Luisa

Es tan bueno, el pobre, que a veces pienso con horror que me querría lo mismo si fuese vieja y fea.

Miguelina

¡Tonterías!

(Hace un gesto de dolor, llevándose los puños cerrados a las sienes).

Luisa

**(Alarmada).**

Oh, tía, dijiste que no era nada.

Miguelina

Es que de repente pareció aumentar... Como un zumbido dentro de mi cabeza.

Luisa

Toma un calmante.

Miguelina

Sí, más tarde... Ya se me pasa otra vez.

Luisa

Debes acostarte y descansar.

Miguelina

¡Lo haré!

Luisa

**(Se ha tranquilizado y escucha la música que por momentos se hace más intensa).**

En cuanto a mí, pocas veces me he sentido mejor. Bailaré toda la noche. Una muchacha es feliz cuando se siente amada y cuando tiene la oportunidad de mover los pies. Sobre todo en estos pueblos tan tristes. Cuando bailo, quisiera desquitarme de todo el tiempo que me he visto obligada a permanecer quieta. En un pueblo una tiene que estarse quieta, ese es el problema. Dormir, rezar, estudiar, para que después diga la gente: "la señorita Luisa es muy educada". Ah, gracias a Dios que tengo a Enrique. El me proporciona la necesaria impaciencia, lo justo para no morir de inacción.

**(Ensayo unos pasos de baile).**

Oh, qué bello. Tía, ¿no te gustaba bailar cuando eras joven?

Miguelina

La pregunta me parece innecesaria.

Luisa

¿Es que no tienes ni siquiera recuerdos?

Miguelina

Trato de no tener más tiempo que éste. El presente debe bastarme.

Luisa

Alguien debió de haberte cortejado mientras bailabas al compás de uno de esos valsos dulces y tristonos.

Miguelina

¡Me fastidias!

Luisa

**(Embriagada).**

Juventud, música, amor... No hay combinación más sublime.

Miguelina

¿Estás hablando de la receta de un nuevo coctel? Trata de que no se te suba a la cabeza. El más leve marco puede ser fatal.

Luisa

Pero tía, ¿por qué te empeñas en no comprenderme? Una mujer no debe morir antes de que un hombre la tome entre sus brazos y le diga algunas cosas... Claro que hay que saberlo hacer... Tú dejas que él pase su brazo alrededor de tu cintura y te recuestas, timidamente, sobre su hombro. Luego tratas de hacerte pequeña, pequeñita, como si hubieras perdido todo peso. Como si fueras una hoja y él un viento inmenso que te trajera y llevara, girando, en mil vueltas... Entonces ya no sientes el tiempo... Eres el tiempo... Un ritmo suspendido entre la tierra y el cielo.

(Da algunas vueltas al compás de la música).

¡El baile es una entrega deliciosa!

Miguelina

Creo que me estás faltando al respeto

(Inicia el mutis cuando suena el timbre de la calle).

Luisa

Oh, es Enrique que viene por nosotros. Hazlo pasar mientras traigo a papá de un brazo y despenco a mamá del espejo.

(Miguelina se devuelve y sale por la primera puerta de la derecha. Casi al mismo tiempo doña Inés aparece por la izquierda. Viste con elegancia. Su traje, tal vez demasiado alegre para su edad, la envuelve en un halo de candoroso encanto. Trae en sus manos un bolso cuajado de piedras y un abanico que maneja con estudiada displicencia).

Doña Inés

Tu madre ya está lista. Quede constancia de que por esta vez le he ganado a tu padre. ¿No ha llegado Enrique todavía?

Luisa

¡Ahí lo tienes!

(Sale. Doña Inés permanece a la expectativa. Entretanto vuelve Miguelina, precedida por Enrique).

Enrique

Buenas noches.

Doña Inés

En este momento preguntaba por usted.

(Se acerca a la puerta de la izquierda y llama en alta voz).

Antonio, Luisa, no es de buen tono llegar demasiado tarde.

Enrique

Ya habremos perdido unas cuantas piezas.

Doña Inés

La juventud sólo piensa en bailes. Yo prefiero los placeres de la conversación, son más profundos y estimulantes.

Enrique

Ballando también podemos...

Doña Inés

(Interrumpiéndolo).

Sí, sí... Bailando se pueden también muchas cosas. Eso es lo malo, lo fundamentalmente malo. Agregando que esos bailes de hoy...

Luisa

(Apareciendo del brazo de don Antonio que ahora tiene un aire sombrío, como si alguien lo hubiese metido a la fuerza dentro de sus ropas).

Enrique, no le hagas caso a mamá. Ella no comprende...

Don Antonio

O tiene mala memoria, lo que no es igual.

(Luisa se acerca a Enrique y le presenta una mejilla que él besa rápidamente, temeroso de estropearle el maquillaje).

Doña Inés

Oh, ustedes son insoportables.

(Acordándose, de pronto).

Ah, el collar... ¿Podrías ponérmelo, Miguelina?

Don Antonio

Está visto, Miguelina es la persona más necesaria en esta casa. Sin el último toque de sus manos no estamos presentables.

Doña Inés

Es solamente el collar, querido. El broche está descompuesto y como todavía no me ha salido un ojo en la nuca...

(Miguelina comienza a ponerle el collar. Don Antonio procede a encender uno de sus acostumbrados cigarros, a cuyas delicias se entrega como quien cumple con un sagrado y antiquísimo ritual).

Luisa

(A Enrique).

Deseo bailar hasta caer rendida. La música parece buena. Como vuelves a la Universidad dentro de unos días, tendré que replegar me en mi rutina de siempre. No me gusta bailar si no es contigo.

Enrique

En cuanto a mí...

Luisa

Ni qué decir. En la capital tú bailas con cuantas muchachas se te ponen por delante. Y haces bien. Para eso eres hombre. No haces más que aprovecharte de tu ventaja.

Enrique

No debes decirlo así, tan duramente. El estudio me ocupa todo el tiempo.

Doña Inés

Gracias, Miguelina... ¡mi chal, Antonio, por Dios, corre!

Don Antonio

Hace un rato me dijiste en la habitación que estabas lista. Debi suponerlo: ¡era una broma!

(Sale).

Doña Inés

(A Enrique).

Como habrá usted notado, mi marido carece de toda elemental cortesía.

Luisa

Papá te ha complacido esta noche. Se ve elegantísimo con su smoking.

Doña Inés

He dicho que es descortés, pero no desobediente.

(Realmente complacida).

El smoking es un traje que infunde respeto.

(Enrique echa una mirada de reojo a su traje, como si tratara de excusarse).

Luisa

(Observándolo).

Eso no va contigo. No estás aún en edad de ser respetable. Ya te sobrá tiempo para ello.

Doña Inés

(A don Antonio, que llega con el chal).

Te has demorado demasiado; llegaremos tarde.

Don Antonio

(Suspirando y con expresión resignada).

Vamos...

(Luisa y Enrique salen por la derecha).

Doña Inés

(Volviéndose cuando se disponía a salir).

Miguelina, me dijo Antonio que no te sentías bien. ¿Necesitas algo?

Miguelina

(Se ha mantenido en el fondo, apoyada de la barandilla que da al jardín).

Gracias por tu amabilidad. Ve tranquila. Tomaré un poco de fresco y luego me acostaré.

Don Antonio

Trataremos de volver temprano. Estas fiestas me aburren.

Doña Inés

¡Vaya con el par de hermanitos!... Buenas noches, Miguelina.

Don Antonio

Mejórate bien.

Miguelina

Buenas noches.

(Todos han salido. Miguelina parece ahora otra mujer. Está laxa y como más vieja. Se alisa el pelo un poco en desorden. Se asoma al jardín, mira unas posibles estrellas y aspira profundamente. La música ha cesado un momento. Va a una mesa y coge una revista. Enciende la lámpara de pie que está junto al diván. Apaga las luces del techo, quedando una media luz grata y un tanto lechosa, como de luna intensa. Comienza a hojear la revista, reclinada en el diván. La música se deja oír otra vez, suave y romántica. Algunas risas y rumores de fiesta. Miguelina se detiene en su lectura. Piensa. Se incorpora y de repente comienza a sollozar con el rostro entre las

manos. Luego se repone y se recuesta de nuevo, dejando caer la revista al suelo. Parece dormir. Esta escena será todo lo extensa que se pueda, sin que llegue a aflojarse, por ello, la tensión expresiva del personaje. Cada gesto expresará el abandono, la renuncia a lo que, sin embargo, parece estar al alcance de la mano. La soledad deberá sentirse presionando el ambiente y los rumores próximos de la fiesta contribuirán a agudizarla aún más. Una atmósfera de sueño precede a la entrada de Sebastián. Este avanza en puntillas desde el jardín. Es fuerte, atlético, con una mezcla de cinismo y de dulzura que mueve en seguida a simpatía. Con su pantalón azul fuerte y su camisa negra abierta sobre el pecho, es la imagen del aventurero. Sus movimientos son elásticos, aunque a veces denotan cierta languidez. El se detiene al pie del diván, mirando fijamente a Miguelina. Esta abre los ojos poco a poco. Al fin lo ve. Sobresaltada se pone en pie y va a gritar cuando él le oprime la boca con una mano y le traba los brazos con la otra. Ella forcejea inútilmente).

Sebastián

Le ruego no hacer disparates. Ganaremos tiempo... ¿Lo promete?

(Ella hace un signo afirmativo con la cabeza. Cuando él la suelta queda jadeante, apoyada en alguno de los muebles. El saca entonces un cuchillo. Le da vueltas en sus manos, como si jugara con él).

Miguelina

¿Quién es usted? ¿Qué ha venido a hacer aquí? ¿Cómo se atreve a entrar en una casa de familia en forma tan descarada?

Sebastián

¿Hubiera preferido que me portara con más caballerosidad? Pues bien, con sumo placer, "tia Miguelina".

(Hace una reverencia).

Miguelina

¿Cómo?...



Sebastián

Un caballero no puede permitir que una dama permanezca sola mientras su familia se divierte. Y mucho menos si esa dama se encuentra quebrantada, si le duele la cabeza.

Miguelina

(Sin salir de su asombro).

¿Pero quién le ha dicho...? ¿Pero cómo...?

(Mirando hacia el jardín).

¡Ah...!

Sebastián

¿Comprende ahora? Fue muy sencillo, aunque sumamente incómodo, quedarse una hora en el jardín, agachado entre esas enredaderas que lo desgarran a uno todo, esperando a que "la tía Miguelina" se quedara sola.

Miguelina

¿Es usted un perfecto bandido!

Sebastián

Gracias. Es usted muy perspicaz.

Miguelina

¿Qué desea?

Sebastián

Vaya con calma. Primeramente, estirar las piernas. Reponerme de esa hora de oscuridad pasada en la compañía de unas cuantas hojas que me cosquilleaban en el cuello y de unos malditos hormigones que se aprovechaban de mi inmovilidad. Créame, casi sentí ganas de marcharme.

Miguelina

Hubiera sido mejor para usted.

Sebastián

¿Y el placer de esta velada?...

Miguelina

¿Cómo se atreve? ¿No sabe quiénes somos? Cuando el pueblo se entere lo pasará usted muy mal, se lo aseguro. Somos personas decentes.

Sebastián

¿Pero cree usted que yo entraría en una casa que no fuera de personas decentes? No debo ser confundido con un vulgar ratero. Al fin de cuentas este cuchillo no goza más que de una apariencia de crimen. Podría cortar una garganta, así... de un solo golpe,

(Miguelina retrocede).

pero se abstiene. Está educado por mí.

Miguelina

¡Lo denunciaré a la policía!

Sebastián

Le aseguro que no existe policía capaz de vérselas conmigo. Vengo y voy con la facilidad del aire. Estoy en todas partes y en ninguna y cuando menos lo piensan,

(Hace chasquear los dedos.)

desaparezco.

Miguelina

Sus palabras carecen de sentido.

Sebastián

(Con cierta pedantería consciente).

Es que no está usted viva. Yo, en cambio, he nacido para absorber toda la experiencia de la vida.

Miguelina

Habla de experiencia como podría hacerlo una persona respetable.

Sebastián

La experiencia no es solamente lo aburrido y reglamentado. No se enseña diciendo: "deja de hacer esto, porque yo lo hice y no me fue bien". Es lo que aprendemos cuando hacemos una cosa porque otro la hizo, o porque otro aún no la ha hecho y alguien tiene que decidirse, ganarle la delantera.

Miguelina

Perversidades dignas de un vagabundo...

Sebastián

Y que todos pensamos alguna vez. Usted las piensa, pero se resigna con quedarse inmóvil y sola, provocando la compasión de los demás.

Miguelina

¿Cómo se atreve? ¿Quién es usted para hablarme así?

Sebastián

Alguien con intenciones precisas. Vivo, libre y dispuesto a todo.

Miguelina

¿Olvida usted que la fiesta es ahí al lado y que mi familia puede volver de un momento a otro, sobre todo sabiéndome enferma?

Sebastián

Los que se divierten son egoístas.

Miguelina

La empleada...

Sebastián

(Interrumpiéndola).

María anda con permiso por unos días. Se casa una prima suya. ¿Lo olvidaba usted?

Miguelina

Entonces dígame, por Dios, ¿a qué ha venido aquí esta noche?

Sebastián

(Acercándosele).

Se lo diré, y me obedecerá sin oponer resistencia.

Miguelina

(Retrocediendo).

No se atreverá usted... No me pondrá las manos encima. Soy una mujer honrada. Preferiría la muerte antes de...

Sebastián

(Astuto.)

¿Prefiere morir a entregarme su dinero?

Miguelina

(Sorprendida).

¡Ah!, ¿pero sólo se trataba de dinero?

Sebastián

¿Qué creía usted...? ¡Está bien claro!

Miguelina

(Como diciéndoselo a sí misma).

Dinero, sí, dinero...

Sebastián

Dinero no quiere decir más que eso: di-ne-ro.

Miguelina

(Reaccionando, a media voz).

Pues se ha equivocado. Aquí no lo hay. A menos que espere a mi hermano y se lo pida.

Sebastián

No me moveré de aquí.

Miguelina

Esperaremos los dos.

(Se sienta en el diván. Lo mira).

Sebastián

(Desabrochándose la camisa comienza a frotarse la nuca, como si la tuviera adolorida).

¡Maldita posición!

(Se abotona la camisa que queda sin embargo entreabierta sobre el pecho. Se cuadra ante ella en actitud agresiva, enarbolando el cuchillo en una mano y con la otra mano extendida).

Pronto, ¡el dinero! ¡Dejémonos de juegos estúpidos!

Miguelina

(Quien lo ha observado con turbación).

¿Ha resuelto el "caballero" dejar a un lado su compostura? No sé si debo quedarle agradecida de que no haya tratado de abusar de mi persona.

Sebastián

¿Pero qué dice?... ¿De su persona?... ¿Tengo cara de andar en "eso"?

Miguelina

(Levantándose).

¡Así lo pensé!

Sebastián

Pues quédese tranquila, "tía Miguelina".

Miguelina

(Volviéndose súbitamente).

Le prohibo que vuelva a llamarme tía Miguelina.

(Una breve pausa en la que parece librar una batalla. Luego, estallando).

¿Es que no ha visto en mí ningún atractivo? ¿Es que soy realmente una vieja solterona a la que nadie debe mirar con deseo? Yo misma me lo he dicho infinidad de veces, aunque ahora no parezca conformarme. Ya ve, hasta usted...

Sebastián

Le he dicho que ese no es mi oficio.

Miguelina

(Amargamente).

Si yo fuera más joven me habría deseado. De haber encontrado a Luisa en mi lugar, la hubiera seducido. ¡Lo sé!... ¡títubea!...

Sebastián

Una cosa está bien clara: usted infunde respeto. No sé por qué su rostro se me parece, de pronto, al de todas las mujeres que me han hablado con seriedad tratando de llevarme al buen camino. Mujeres que son un poco madres y un poco maestras... de esas que se nos suelen aparecer, como fantasmas de bondad, en la primera esquina.

Miguelina

Tiene razón: soy uno de esos fantasmas. Un fantasma de luto que se alimenta de su propia sombra, sin más camino que recorrer que el que va de una habitación a otra, de un objeto a otro; sin acontecimientos que relatar, a menos que no sean las incesantes minucias diarias, un dolor de cabeza, la torpeza de algún sirviente, o un chisme de la vecindad.

(Suspirando profundamente).

Y como único alivio el cielo, algunos árboles, la trinitaria blanca del jardín...

Sebastián

¿Se refiere a la que me sirvió de peldaño para llegar a este paraíso de amenidad que me acaba de pintar?

Miguelina

Sí; he pasado años mirando blanquear la trinitaria sobre la tapia del jardín, depositando en ella sueños envejecidos... No parece sino que ahora me devuelve esos sueños reunidos en la apariencia de un hombre al que se puede desear con libertad porque no forma parte de nuestro mundo. Aunque usted me produzca temor, tal vez sea usted lo que yo esperaba. No deja de ser curioso y hasta incitante este momento. Una mujer como yo, que ha pasado su vida entregada a una fría desesperación, verse enfrentada a un hombre joven, un desconocido, en una noche donde sólo él y ella parecen existir, tibiamente rodeados por la música.

Sebastián

¡Va usted demasiado lejos! No he venido a escuchar confesiones. Sus problemas no tienen nada que ver conmigo. Le repito que sólo deseo dinero.

Miguelina

(Con una idea súbita).

Y si en vez de dinero yo le diese una joya, algo de valor... ¿lo aceptaría?

Sebastián

Las joyas no son mi especialidad. Cuesta deshacerse de ellas.

Miguelina

Podrá venderla fácilmente. No haré ninguna reclamación.

Sebastián

He venido a robar, no a negociar. Además, me parece que usted se porta, de repente, de una manera extraña.

Miguelina

Me comprenderá mejor cuando le diga que no le doy esa joya por nada. Usted deberá ganársela simplemente.

Sebastián

Ganarme el dinero que necesito me resulta divertido. ¿De qué se trata?

Miguelina

(Después de un momento).

De un simple deseo: hágame el amor. Ameme o hágame creer que me ama. ¿Qué mejor que un desconocido para cumplir esta delicada misión? ¿Ha venido a robar? Adelante; robe lo más precioso que puede encontrar.

Sebastián

¡Nunca pensé que la faena de esta noche fuera tan difícil!...

Miguelina

¿No queda en mi cuerpo nada que le atraiga? Míreme, míreme... Trate de descubrir en mí algo digno de ser amado. ¡Se lo suplico! ¿Puede una mujer ser tan miserable que se encuentre despojada del menor atractivo? Míreme a los ojos; ¿no hay ansia y desesperación en ellos?...

Sebastián

Sus ojos son negros y fosforecen. Exigen en medio de un gran vacío.

Miguelina

Exigen algo que les falta: el derecho de sentirse mirados a su vez.

Sebastián

¿Debo cobrar por ello?

Miguelina

Es un medallón de mi madre lo que le ofrezco. ¡Ya no lo quiero! Amé a mi madre, pero ella fue para mí el encierro, las lágrimas sorbidas contra la almohada.

Sebastián

Debo decirle que no la creía capaz de semejante rebelión. En cierto modo es usted admirable.

Miguelina

¿Acepta, entonces...?

Sebastián

Hay cosas que un hombre, joven y libre, no puede rehusar. Acepto, Miguelina.

Miguelina

Eso; no más tía Miguelina, ni señorita Miguelina. ¡Cuán distinto es oírse llamar así, Miguelina, por alguien a quien no nos ata parentesco alguno! Prométame que no me tratará usted como a una de esas mujeres que quisieron enseñarle una virtud llena de seriedad. Hágame sentir una mujer como las demás. Lléguese a mí con delicadeza... o por la fuerza; infúndame confianza o temor, no importa. Una hora de frenesí es lo que necesito. La estoy esperando desde hace cuarenta años.

Sebastián

¿Qué razón ha tenido al escogermé?

Miguelina

Por estar lo suficientemente alejado de mi costumbre. Usted se encuentra allí donde acaba mi sombra, donde la trinitaria empieza a blanquear y mis sueños viven por mí.

Sebastián

Creí tenerla en mi poder y me he convertido en su prisionero. ¡La trinitaria blanca! Una primorosa trampa para el amor de una solterona.

Miguelina

¿Es que nunca dejaré de ser llamada así? ¿Es que estoy marcada para siempre por ese mote sarcástico? ¿Qué hay de distinto en mí, qué me falta para ser como las demás mujeres?

Sebastián

¡La seducción!... Transfigurarse y sonreír. Para ser mujer hay que sentirse serlo. Traer desde dentro hacia fuera el totem de la feminidad. No es solamente un color lo que la mujer pone sobre sus labios: es un fuego que invita, que llama, que abrasa desde lejos. Entonces llega la presa y arde. Es como la inteligencia de los sentidos. Transfígúrese, Miguelina. Es el primer paso para salir al encuentro de la vida.

Miguelina

(Henchida de nuevas fuerzas).

La vida es el secreto que usted me revelará, que ya me está empezando a revelar. Esta noche seré otra. ¡Seré Miguelina! No quiero más estas ropas. En mi armario hay otras que siempre encontré impropias y excesivas para mí. Creo que ahora me sentarán bien. ¡Espere! Cuando salga de esa habitación daré comienzo a nuestra gran aventura en común. Usted será el hombre que he esperado toda la vida, el hombre que ha venido a amarme, a hacerme suya. Una nueva mujer saldrá por esa puerta. No permita que se vuelva atrás o titubee. Sólo hay tiempo para que el pacto que hemos hecho se cumpla. Es mi reto a varias generaciones de rigurosa virtud. Todas las frustraciones de mi fa-

milia quieren expresarse en mí esta noche, esa procesión de mujeres solas que han muerto esperando... Somos los héroes de una gran aventura, de una aventura inimaginable. Esos muertos alienan en mí con una fuerza a la que es inútil resistir. ¡Sólo por ellos seré perdonada!

(Mutis. Sebastián queda pensativo. Recorre la habitación con la mirada, observando con minuciosidad todo cuanto le rodea. Guarda el cuchillo. Va al bar y se sirve una copa. Se acerca a la puerta de la habitación de Miguelina y trata de escuchar).

Sebastián

(En voz alta).

No trate de jugarme una mala pasada o se acordará de mí. Puede que todo esto no sea más que un ardid.

(Bajando la voz).

De todos modos es la aventura más curiosa que me haya sucedido. La aventura de la bella durmiente y del príncipe que la despierta. ¡Una pareja extraña! Miguelina...

(Va hasta el fondo de la escena y se asoma al jardín. Toma un sorbo de su copa. Lo paladea).

Hermosa noche. ¿No habrá tenido ella la culpa?

(Pausa).

La trinitaria parece tener luz propia; una luz casi lunar, llena de vibraciones misteriosas. Hace daño mirarla fijamente; parece cambiar de forma y de lugar.

(Termina su copa y lentamente vuelve a primer término. Miguelina aparece vestida con una primorosa bata blanca, el cabello recogido sobre la nuca. Su bata recuerda el traje de una novia. Sebastián se vuelve y la mira deslumbrado)

¡Increíble!

(Adelantándose, le tiende una mano.)

Está usted blanca y hermosa como la flor misma de la trinitaria.

Miguelina

(Avanzando.)

Como introducción a un canto de amor no está mal. Brindemos por nuestro amor.

(Llena las copas y levanta la suya)

Qué, ¿no crees en nuestro amor?

Sebastián

(Declamatorio y como quien repite una fórmula).

Te amo, Miguelina.

Miguelina

Repítelo conmigo: ¡Por nuestro amor!

Sebastián

¡Por nuestro amor!

(Toman. El rápidamente, ella sorbo a sorbo y con los ojos cerrados).

Miguelina

¡Oh, qué delicia!

(Música, un vals romántico. Mientras continúa hablando deja su copa en la mesita de las revistas, junto al diván. Sebastián hace lo mismo).

Soy joven otra vez, tengo la edad de Luisa. Podría empezar a reír ahora y no terminar nunca. La vida no se ha perdido todavía. Bailaremos. Luisa lo hace rodeada de miradas. Hace de su amor una complacencia, un espectáculo decente. Tú y yo bailaremos en secreto; será nuestra superioridad y nuestro triunfo. Rodéame con toda la fuerza y la delicadeza de que seas capaz. Así...

(El le rodea la cintura con uno de sus brazos. Bailan muy lentamente).

Una pequeña hoja en tu hombro... Oh, sí, Luisa, tenías razón, baile es una entrega deliciosa.

Sebastián

Tres cálida y bailas con tanto empeño como si te fuera en la vida.

Miguelina

(Deteniéndose).

Qué extraño! Me he visto, de repente, como la joven que yo bailando bajo la mirada de mi madre. No eras tú, era José (le empezaba a crecer el bigote). Era Homero. Era Ignacio... Los parecían amarme desde lejos, aunque nunca se atrevieron decirme una sola frase de amor. Nos cogíamos las manos con ternura, protegida la mía con un pañuelo de seda y bailábamos muy lejos uno del otro, como si el menor contacto pudiera ahorrarme. Teníamos que bailar bajo la mirada de mamá, rígidos y mudos. La mirada de mamá impedía que yo levantara mis ojos hacia ellos...

(Pausa).

Sebastián

No te hubiese obligado a amarme. Te hubiera raptado bajo miradas mismas de tu madre.

Miguelina

Yo no de ellos me estaba destinado y lo perdí...

Sebastián

Que ese, sea quien fuese, le faltó valor, decisión. La decisión es el propio del amor.

(La vuelve a ceñir por la cintura y continúa el baile hasta que la música cesa. Luego se detienen, arrobados).

Miguelina

Bailar contigo es hacerlo por primera vez.

Sebastián

Me complace. Y me complace también que seas la que eres actualmente y no otra. Me gustas tú, con tu dolor y tu desesperación. Tu entrega es distinta. Te prefiero a ti porque es como estar cerca de lo imposible.

Miguelina

No pares de hablar. ¡Adelante! Una mujer no debe morir antes de que le deslicen en el oído palabras como esas. Es el momento... ¡Dilas!

Sebastián

(Enervado).

Tu pelo es suave. Tu nuca es suave. Tus ojos son suaves y terribles. Tu boca...

(Va acariciándola mientras habla).

Miguelina

(Incitándolo aún más).

Sí, mi boca... mi boca...

(El la besa con furia. Ella forcejea, de pronto, y se deshace de él).

No debemos extremar las cosas. No debemos ir demasiado lejos.

Sebastián

¿Qué quieres? Acabamos de cerrar un trato, no puedes volverte atrás.

Miguelina

Déjame acostumbrarme. Así, de improviso, no... ¡No está bien! Soy todavía una mujer decente. ¡Compréndelo!

Sebastián

Tú me indicaste el camino. No debo dejarte retroceder. Ahora, aunque quisieras arrepentirte, te lo impediría. Estás llena de posibilidades maravillosas. ¡Te deseo! ¡Te amo!

Miguelina

(Desfalleciendo).

¡Calla!...

Sebastián

Te amo y no hay tiempo que perder. Esta noche te has ganado una experiencia incomparable.

Miguelina

No debo ser débil, pero temo... Te deseo y te temo, ¿No comprendes? ¿No ves que tengo que luchar contra esta casa, contra la virtud de estos objetos, de estos muebles, de estas paredes cuajadas de retratos? Una virtud más tiránica que la de los vivos, porque no cambia, no fluye, sino que se mantiene fija, siempre igual, pesando sobre mí con un peso de tumba. Toda una costumbre rodeándome, puesta de pie para reprocharme...

(Alucinada).

¿No oyes a mi hermano andar en la habitación de al lado...? ¿No oyes a Luisa reír en el comedor?... ¿No escuchas a Inés cantar en el jardín, plantando sus rosas?

Sebastián

Nada oigo, sino tu voz que me dice "ámame", "ven", "soy tuya".

Miguelina

Hablan y me reprochan, mientras las otras me dan ánimo, me incitan a que las libere.

Sebastián

Atiéndelas. ¡Sálvalas!

Miguelina

No; mi hermano me mira, y es la mirada de mi madre que me acusa. Atrás, atrás. ¡Márchate! Todo ha sido un juego. No puede ser. ¡No puede ser! No soy una cualquiera. ¡Respétame! Te odio, te odio, te odiaré siempre si lo haces...

(Ella ha retrocedido hasta la puerta de su habitación. El la toma en sus brazos. Ella, ya sin oponerse, desfallece sobre su hombro. Ambos desaparecen.

Pausa. Un silencio lleno de sonoridades vagas. Oscuridad súbita. La música asciende a un primer plano, brillante y levemente sarcástica. La transición de una escena a otra será discreta, tanto en su duración como en su intensidad, evitándose cualquier caída hacia lo innecesariamente morboso. Poco a poco la escena se ilumina de nuevo y la música es relegada a su rol de mera ambientadora. Luisa y Enrique entran por la derecha).

Luisa

Dios quiera que tía Miguelina se sienta mejor.

Enrique

Sólo era un simple dolor de cabeza; se le habrá pasado. Por lo demás, tu tía Miguelina lucía como siempre. Nunca ha sido muy jovial, que digamos.

Luisa

De pronto, mientras bailábamos, tuve el presentimiento de que algo le sucedía. No me quedó más remedio que pedirte que vieras conmigo.

Enrique

(Desde la altura de su hombria).

Las mujeres sufren más por esos pequeños detalles que por las grandes cosas. No hay quien las entienda.



Luisa

(Resentida, aunque no tanto que ello le impida usar un tono de coquetería).

¿Te es difícil entenderme, Enrique?

Enrique

(Tomándola por la cintura).

¡Tonta! Tú eres distinta.

(La besa con naturalidad, casi sin pasión).

Luisa

(Mirando hacia la habitación de Miguelina).

¿Se habrá dormido? Debemos volver al baile de una vez. Como nos escapamos sin decirlo, no está bien que nos demoremos. Papá y mamá podrían inquietarse.

Enrique

Están demasiado entretenidos. Le sustrajiste la llave a tu madre del bolso y ni siquiera se ha dado cuenta.

Luisa

¿Entretenidos? Nunca me olvidaré de la cara que puso papá cuando descubrió que era el único vestido de smoking. Mamá no se le ha acercado en toda la noche. Le teme...

Enrique

Y con razón; le noté a tu padre una mirada asesina.

Luisa

Aguarda.

(Se acerca a la puerta de la habitación y escucha).

Enrique

Déjala. No debemos molestarla.

Luisa

(Empecinada, llamando).

Tía Miguelina. Tía Miguelina.

(Silencio. Luego, más fuerte).

¡Tía Miguelina!

Miguelina

(Desde adentro).

¿Eres tú, Luisa?

Luisa

Sí, soy yo. He venido a saber cómo estabas.

Miguelina

(Siempre desde adentro).

Para eso no había que venir. ¡Márchate! ¡Vuélvete de una vez!

Luisa

Así lo haré, tía.

(Preocupada avanza hacia el diván. Ve las dos copas que permanecen en la mesita. Las toma en sus manos y parece considerar la situación).

Enrique

(Que se ha mantenido a un lado de la escena).

¿Ves? No era nada. La has despertado sin necesidad.

Luisa

(Deja las copas en su sitio. Con rapidez, tomándolo del brazo).

Tienes razón; no era nada. Volvamos. ¡volvamos pronto!

(Salen).

Miguelina

(Apareciendo, después de un rato).

Se han ido.

(Sebastián asoma, desperezándose).

Luisa se ha preocupado por mí; es una muchacha seria. Piensa que me pasa algo, algo más grave que un simple dolor de cabeza. Oh, Dios mío. No debí consentir. Lo que acabo de hacer es horrible. ¡Horrible!.....

Sebastián

No me parece decoroso un arrepentimiento tan prematuro. No es convincente.

Miguelina

Acabo de deshonorar esta casa y ni siquiera tengo la excusa de la juventud.

Sebastián

¡Miguelina...!

Miguelina

Ahora tú no entenderías. Has llegado y has acariciado a una desconocida entre tus brazos groseros. ¿Qué sabes tú de mí?

Sebastián

Soy algo tuyo desde hace tiempo. Te pertenezco como te pertenece cada uno de tus deseos. No había más remedio: he tenido que aparecer y no parece comprenderlo. Soy el único que ha sabido vencerte.

Miguelina

Nada has vencido. Tú sólo acabas de servir mis propósitos.

Sebastián

¿Crees, en verdad, que me has comprado?

Miguelina

(Sacando algo del bolsillo de la bata).

Por un medallón de brillantes. Aquí lo tienes.

Sebastián

Pude haberlo obtenido a la fuerza.

Miguelina

Lo has considerado tarde. Cumpliste tu parte; ahora cumpliré yo la mía. ¡Tómalo!

(Le alarga el medallón).

Sebastián

No como un pago. Te amo, Miguelina. Volveré, y tú me estarás esperando.

Miguelina

No osarás poner de nuevo los pies en esta casa. ¡Te lo prohibo! No me he entregado a tí por amor. Mi odio te ha escogido, no yo.

Sebastián

Ahora soy yo quien te escoge. Te amo; ya tienes un secreto de que estar orgullosa.

Miguelina

Un secreto que deberé gritar a todos los vientos. Una noticia que atravesará el pueblo como un rayo. "La señorita Miguelina ha sido poseída por un vagabundo". Mi nombre será una vergüenza... y yo sonreiré satisfecha. Es preciso que todos sufran; que los que me han compadecido, sufran ¡No más tesoros que guardar! Abajo las virginidades que hacen de nosotras, pobres mujeres viejas, unos monstruos de virtud. Ya me encuentro debidamente ultrajada. Tu trabajo ha terminado; nada tienes que hacer aquí. ¡Adiós!

Sebastián

Seré puntual. ¡Esperarás por mí!

Miguelina

Eres cobarde y te odio. ¡Te odio!

(Le va a pegar en la cara pero Sebastián le aferra los brazos y la besa. Ella se desase y se limpia la boca con el puño, iracunda, mientras él sonríe, sintiéndose dueño de la situación).

Ten piedad de tu sierva, Dios mío y Señor mío.

(Está de rodillas, con la cabeza baja y los brazos cruzados sobre el pecho).

Sebastián

Hasta pronto. Acuérdate de mí. Ya nunca más estarás sola. Te lo prometo.

(Miguelina parece rezar con los ojos cerrados. El rumor de una oración se escapa de sus labios, mezclado a sollozos intermitentes. Sebastián se detiene antes de salir).

Ah, me olvidaba: mi nombre es Sebastián.

(Sale por el fondo).

Miguelina

(Levantando la voz).

He pecado y tu misericordia deberá ser mayor que mi miseria.

(Deja de sollozar. Se incorpora lentamente, aún con los ojos cerrados. Parece escuchar los últimos pasos de Sebastián. Sonríe, la expresión de religiosidad se convierte en otra sensual y triunfante).

Sí, te espero. Hasta pronto... ¡Sebastián!

TELON

## ACTO SEGUNDO

(Dos días después. La tarde está en su plenitud, aunque la luz ya empieza a ceder suavemente. Don Antonio se pasea nervioso. Viste pantalón color kaki y sobre la camisa, chaleco marrón sin abotonar atravesado por una pesada leontina de oro. Fiel a sus principios, no lleva corbata. Vestido así se siente cómodo y respetable. Luisa, desde el sitio en que permanece sentada, observa sus idas y venidas. No es la muchacha alegre del primer acto. Ahora descubrimos en ella a la persona consciente y juiciosa: analítica).

Don Antonio

Nuestra casa está construida sobre virtudes demasiado sólidas para que una historia tan extraña nos convierta en la comidilla de los demás.

Luisa

¿Podemos decir de nuestras virtudes que son demasiado sólidas?...

Don Antonio

Todo hubiera sido más decoroso de estar envuelto en una adecuada desesperación. Las lágrimas son las atenuadoras de la culpa. Miguelina, sin embargo, parece haber quedado poseída por un espíritu maligno. Casi está envanecida de su deshonra. Me lo ha contado sin que siquiera le temblara la voz. "No soy más tu hermana", me ha dicho. "He deshonrado tu casa, puedes hacer lo que quieras". Dios me perdone, pero por su boca me hablaba una de esas mujerzuelas...

Luisa

¡Cálmate, papá!

Don Antonio

Un hombre ha entrado en mi casa. Debo remover el pueblo piedra a piedra hasta dar con él.

Luisa

¿Evitarías de ese modo el escándalo?

(Pausa).

Creo, querido papá, que tratas de vengarte de un fantasma.

Don Antonio

No entiendo lo que quieres decir.

Luisa

He pensado el asunto con calma y llegado a conclusiones asombrosas.

Don Antonio

Siempre fuiste una muchacha inteligente. Podemos hablar con toda claridad y discreción, sobre todo cuando tu propio honor está en juego, aunque indirectamente.

Luisa

Te lo diré sin preámbulos. Tengo el presentimiento de que ese joven violador de solteronas no existe, de que lo ha inventado ella, casi sin quererlo, sin darse cuenta de lo que hacía.

Don Antonio

Entonces, ¿con cuál propósito nos engaña?

Luisa

Mejor sería preguntarnos con cuál propósito se engaña ella a sí misma.

Don Antonio

¿Quieres decir que es víctima de una alucinación?

Luisa

Más bien creo que tía Miguelina actúa guiada por su imaginación. Su imaginación es un arma que esgrime contra tí, especial-

mente contra tí, que eres el guardián del buen nombre de esta casa.

Don Antonio

¿Pero por qué tanto odio?

Luisa

Una cosa es evidente: ella se ha inventado una historia absurda, demasiado teatral para ser verdadera. Después de tantos años de estar relegada a su opacidad de mujer sin historia, trata de convertirse, de repente, en un ser importante; trata de ser la heroína de un drama asombroso, tan asombroso que nadie sea capaz de olvidarlo. Entonces comienza la farsa; el hombre que salta la tapia del jardín y la lucha que termina en una lírica posesión arrullada por la música. La noche del baile, debo decirte, vine sola hasta aquí con Enrique. Tal vez hice mal, pero la salud de tía Miguelina me tenía preocupada. Ella estaba en su habitación y no me abrió, aunque me di cuenta, de inmediato, de que seguía levantada. Su voz sonaba brusca y perturbada. Me ridió que me marchara. Había una ola de perfume flotando en el ambiente y lo que es más significativo aún, sobre la mesa permanecían dos copas de coñac a medio consumir.

Don Antonio

Pero Miguelina no usa perfumes, ni toma bebidas alcohólicas. Además esa noche decía tener un horrible dolor de cabeza.

Luisa

Exactamente. Fue un momento extraño para mí. Enrique no pareció darse cuenta; por otra parte, nada que no sea yo misma lo interesa.

Don Antonio

¿No vendría a ser esto una prueba de que, en realidad, algo ha sucedido...?

Luisa

¿No sería, mejor, parte del rompecabezas que ella ha querido armar ante nuestros ojos? Fue una escena preparada para que alguien la viese.

Don Antonio

¿Y si estás equivocada, si ella ha sido incapaz de preparar un engaño semejante?

Luisa

Habrã que inclinarse a lo más prudente. ¿No te das cuenta de lo peligroso que sería, para ella y para nosotros, el dar crédito a su fantasía? Tía Miguelina está obsesionada, no nos perdona nuestra felicidad, mientras que ella es sólo una sombra que ha permanecido recostada durante años contra las paredes, tal vez demasiado honorables, de esta casa.

Don Antonio

¿Qué hacer? Debe existir una causa, un hecho que al ser eliminado le devuelva el equilibrio...

Luisa

¿Quién sabe! Puede extirparse un tumor, eliminarse una fiebre, pero ¿quién puede luchar contra un sueño, contra el fantasma de una noche? Este suceso me hace temblar mucho más que si tuviéramos que enfrentarnos a hechos conocidos.

Don Antonio

¿Está Inés enterada?

Luisa

No lo sé. Nunca podremos darnos cuenta de lo que sabe o ignora mamá

Don Antonio

Sí, su jardín es lo único que parece preocuparla. Lo cuida como si fuera un paraíso en el cual pudiera vivir eternamente dichosa. El dolor es un lenguaje que ella trata de no entender. ¡Pobre Inés! No quisiera que estos problemas la afectaran.

Luisa

¿Dónde está ahora tía Miguelina?

Don Antonio

Ha permanecido toda la tarde en la galería, mirando la calle de un lado a otro, como si esperase a alguien.

(Se acerca a la primera puerta de la derecha y la abre cuidadosamente).

Luisa

¿La ves desde ahí?

Don Antonio

Sí, la veo pasar a través de la vidriera del pasillo. Arriba y abajo, con una pasión extraña en el rostro. Me parece una desconocida, y sin embargo es mi hermana.

(Apartándose de la puerta que permanece abierta).

Sólo cuando murió nuestra madre tuvo una reacción parecida. No lloró. Estuvo mirándola muy fijamente, con un brillo de victoria en la mirada. Nunca me olvidaré de esa mirada. Me miró de la misma manera cuando me dijo que ese desconocido... Pero allí, delante del cadáver de nuestra madre, esa mirada tenía algo de especialmente monstruoso. Era como decirle: "Al fin estás muerta y yo te sobrevivo, quedo libre de tí". Fue una mirada que rezumaba odio y sin embargo, ¡cuánto parecía quererla! Durante una semana no me dirigió la palabra. Yo estaba deshecho; ella, en cambio, permanecía erguida, orgullosa, como complacida en medio de la tragedia. Una noche —estábamos en la finca— montó a caballo y galopó durante horas. Oímos el galope toda la noche, cercano a la casa, un redoble solitario y fúnebre repercutiendo en medio de la soledad. Fue su manera de llorar, de descargarse de su dolor; una forma demasiado brutal y salvaje, pero que a fin de cuentas la trajo a la normalidad. A la mañana siguiente ya era otra vez la hermana dócil. Tenía los ojos inflamados y parecía abrumada dentro de sus ropas de luto.

Luisa

Pensar que no la conozco y he vivido toda una vida a su lado.

Don Antonio

¿La conozco yo mejor acaso?

Luisa

Estamos, tal vez, asistiendo a la repetición de un mismo hecho.

Don Antonio

Esa mirada, esa actitud de triunfo...

Luisa

(Quien se ha acercado a la puerta y mira hacia el pasillo).

Parece que termina su vigilancia. Siéntate. No debes dejar traslucir tu preocupación. Trata de sonreír.

(Don Antonio toma asiento. Luisa abre el costurero y se pone a repasar, maquinalmente, algunas madejas de hilo, o alguna tela bordada. Miguelina aparece por la derecha. Un momento de silencio, lleno de expectación. Luisa es la primera en hablar).

Papá me decía que deberíamos ir a la finca a pasar una temporada. Está esplendorosa y disfrutaríamos de la época de los baños.

Miguelina

Comprendo que tu padre quiera alejarme de esta casa.

Luisa

(Como quien no ha escuchado).

Desea que invitemos a unas cuantas amigas. Enrique se va y estaré demasiado sola.

Don Antonio

(Con forzada jovialidad).

Eso es. En el campo los días suelen ser más entretenidos que en el pueblo.

Miguelina

(En actitud grave, dirigiéndose a Luisa).

Tu padre sabe que ya no soy la misma. No debe contar conmigo como si nada hubiese pasado.

Don Antonio

(Enfrentándose, al fin, a la situación).

Miguelina, quiero que sepas una cosa: ¡nada, en realidad, ha pasado! Quiero que recuerdes esto con toda claridad.

Miguelina

(Provocativa y como si la hirieran en lo más profundo).

¿He oído mal o es que no me hice entender lo suficiente? ¿Así guardas la "dignidad" de tu hogar,

(la palabra "dignidad" ha sido dicha enfáticamente)

complaciéndote en la humillación, poniendo oídos sordos a un incidente escandaloso? En vez de golpearme, de insultarme, de llorar de vergüenza, me hablas con la sonrisa en los labios; en vez de avisar a la policía te quedas aquí, en el mismo lugar donde tu hermana ha sido ultrajada.

Don Antonio

(Tratando de suavizar, con el tono de la voz, el significado de sus palabras).

¿Te has encerrado tú, has llorado, has tenido siquiera un momento de desesperación? ¿Cómo creerte, entonces?... ¡Avisar a la policía! ¿Es eso lo que hubieras preferido...?

Miguelina

(Inconmovible).

Era tu deber; aunque él no es de los que se dejan atrapar con facilidad. Ha venido y volverá. Esta historia sólo acaba de comenzar. Pero, no; prosigue la preparación de tus paseos campestres, da la espalda a tu propia vergüenza...

Don Antonio

¿Es que no temes tus palabras?

Miguelina

(Se nota que su propósito no es solamente el de contestar, sino el de descargarse de algo que hace tiempo la ahogaba).

¡El miedo!... El miedo no es más que esa cadena que nos impide vivir; la virtud de esa casta de mujeres temblorosas que envejecen con las dos manos sobre los ojos, como si el mundo fuera una estampa obscena cuya contemplación bastara a sumirlas en los infiernos.

Luisa

(Observando la palidez creciente que se apodera de su padre).

¡Basta!

Don Antonio

(Trémulo y a punto de estallar).

¿Cómo te atreves a hablarme en esa forma?

Luisa

Papá, acuérdate,

(Pone intención en la frase).

tía Miguelina no se encuentra bien desde hace unos días.

Don Antonio

(Frenando sus impulsos).

Lo sé, hija. Miguelina sabrá perdonarme si estuve a punto de perder la compostura.

Miguelina

(Con altivez).

Estoy perfectamente bien. Nunca me he sentido mejor en la vida.

Don Antonio

Concluiremos más tarde esta conversación. Voy a ponerme un saco para la cena.

(Sale).

Luisa

(Después de una pausa, en la que ha parecido fluctuar entre la impaciencia y una forzosa pasividad).

¡Tú en los brazos de un hombre...! Nada más inconcebible ni grotesco. Sí, estás enferma; eso lo explica todo.

Miguelina

Tú dudarias del sol si no pudieras verlo. ¡Pobre Luisa! No puedes tú tampoco comprenderme.

(Retadora).

Sé más que tú, ahora. Mientras tú bailabas ahí al lado, la tía Miguelina era apretada entre unos brazos rudos; la tía Miguelina bebía coñac con un hombre; la pobre solterona era conducida a su lecho nupcial.

Luisa

Te lo repito: no podrás hacerte creer. Lo que dices es falso y hasta monstruoso. Has empezado a odiarnos sin que nos diéramos cuenta. Arrepiéntete de esas locas palabras, arrodillate en tu habitación y reza, como siempre lo has hecho, para que Dios te perdone esos pensamientos desdichados.

Miguelina

(Ansiosa).

¡Es preciso que me creas!

Luisa

No puedes probar nada de lo que dices.

Miguelina

¿Qué debo probarte?

Luisa

Que ese hombre existe.

Miguelina

Me ha poseído. Ha estado aquí. Se llama Sebastián.

Luisa

¿Son esas tus pruebas?... Ya ves, es inútil que te empeñes...

Miguelina

Le pediré que venga, que se presente aquí en pleno día.

Luisa

Sabes que ello es imposible.

Miguelina

Dile a tu padre que lo busque, que trate de encontrarlo.

Luisa

¿Cómo daría con él? ¿Cómo lo reconocería?

Miguelina

Le encontrarán en el pecho un medallón de brillantes con un mechón de pelo dentro.

Luisa

¿Un medallón...?

Miguelina

Sí, el medallón de mi madre. Se lo he regalado.

Luisa

Dí la verdad, ¿qué has hecho con él? ¿No te habrás atrevido a...

Miguelina

¿Empiezas a creerme, Luisa?

Luisa

...a destruirlo, no querrás decir que lo has perdido?

Miguelina

Siento que ya no pueda ser tuyo, como querías.

Luisa

No quiero oírte más. Me fatigas. El medallón aparecerá oportunamente. Es un ardid como todo lo demás.

(Trata de irse).

Miguelina

Tal vez quieras otra prueba. Una prueba que nadie podrá dejar de ver, una prueba que proclamará a los cuatro vientos que Sebastián existe...

Luisa

(Con un viso de ironía).

¿Me llamarás cuando él llegue, después de haberse descolgado por la trinitaria?

Miguelina

Un hijo es la prueba que necesito. Si, Sebastián, tú me darás ese hijo y entonces ya nadie se atreverá a dudar.

Luisa

(Acercándosele, súbitamente enternecida).

En cierto modo tú eres también madre. Me has criado, has estado a mi lado desde que nací...

Miguelina

No quiero ser madre de niñas, sino de varones. Quiero hombres a los que no pueda aprisionar demasiado, ni hacer desgraciados a costa de mi avidez.



Luisa

(Persuasiva).

éndelo, tía Miguelina, te queremos y no puedes abjurar tud, renunciar al sitio que te corresponde entre nosotros. parte del decoro de nuestra casa.

Miguelina

creer en mí, en Sebastián, en mi verdad que para mí más que la vida.

Luisa

o sufres! Si yo pudiera decirte: "Sí, creo"... Y tal vez ecírtelo.

Miguelina

(Con ansiedad).

! ¡Que yo lo lea en tus ojos!

Luisa

viaría ello?

Miguelina

(Casi en un grito de angustia).

me lo ha prometido.

Luisa

(Consoladora).

podrás tener un amante, tía Miguelina. Quisiera com- darte el calor que parecés necesitar, de pronto. Mira- u hija; estás entre nosotros que no te abandonaremos

Miguelina

(Tratando de no oír).

unque no creas en él. Saltará sobre la trinitaria con

sus músculos tensos y me estrechará entre sus brazos.

Luisa

¡Que Dios se apiade de tu alma!

Doña Inés

(Entrando desde el jardín con algunas rosas en las manos).

Nadie tiene rosas como las mías en el pueblo; tal vez porque nadie ama las flores como yo.

(Las huele, aspirando profundamente).

Luisa

A veces pienso que amas tus rosas más que a las personas.

Doña Inés

Son más mías. Las personas crecen y se nos van, se hacen dis- tintas a nosotros.

Luisa

Eres demasiado sentimental. Las rosas son un adorno, no una preocupación.

Doña Inés

La juventud no comprende estas cosas. Está demasiado llena de sí misma. Miguelina y yo sí podemos, en cambio, compren- derlas: ya no esperamos nada de la vida. Es el consuelo de las que, como nosotras, van para viejas.

Luisa

Cuando aún se es joven, el llamarse viejo es una coquetería, mamá.

Doña Inés

Tal vez lo que estamos esperando, para sentirnos definitiva- mente viejas, es que te cases y seas feliz. Claro que a Enrique

le falta todavía una carrera... ¿Quieres poner un poco de agua a estas rosas?

(Las ha colocado en un jarrón que le entrega a Luisa).

Luisa

Sí, mamá.

(Sale).

Miguelina

Somos casi de la misma edad y sin embargo cuán distintamente envejecemos. Tú esperas la vejez como un alivio, yo como una frustración. La vejez es como un estado de alma: se gana viviendo. No he sido joven nunca y nunca podré ser vieja como lo serás tú.

Doña Inés

Entre tú y yo no hay más diferencia que un marido y una hija.

Miguelina

¿Es esa una pequeña diferencia?

Doña Inés

...Un marido y una hija que hemos compartido, aunque ese marido sea tu hermano.

Miguelina

El paraíso que me pintas tiene algo de abominable.

Doña Inés

¿Te acuerdas de la trinitaria?

(Mirando hacia un punto lejano del jardín).

La plantamos antes de que Luisa naciera.

Miguelina

Sí, la trinitaria... He vivido años con los ojos clavados en ella, esperando...

Doña Inés

Cubría todo el muro cuando nació.

(Luisa entra con el jarrón de las flores).

Miguelina

Pero yo seguí esperando... Me acostumbré a mirarla y a esperar...

(Exaltada).

Ahora la han desgarrado, han maltratado su blancura. La han violado, Inés. La pureza de esos días está lejana.

Doña Inés

Debo confesar que no me he dado cuenta de ello.

Luisa

(Interviniendo con rapidez).

Tía Miguelina se refiere a los niños del vecindario, que algunas veces se encaraman al muro.

Doña Inés

Pues debemos quejarnos a sus padres. Nadie se ha atrevido jamás a escalar esa pared y mucho menos a maltratar mis flores.

Miguelina

(Con intención).

Alguien más ha escalado ese muro, Luisa... ¡Lo sabes bien!

Luisa

Habrà tiempo para que le cuentes a mamá lo sucedido. Mientras tanto, papá nos espera para cenar. Está impaciente, dando paseos alrededor de la mesa.

Doña Inés

Ciertamente, se ha hecho tarde. ¿Vamos, Miguelina?

Miguelina

Cenen sin mí; no tengo apetito.

Doña Inés

Después terminarás con lo de la pureza de la trinitaria. Puede ser una historia interesante.

(Luisa se la lleva. Miguelina queda en pie, como sumida en graves recuerdos. Camina por la habitación retoreándose las manos. De pronto ve su imagen en el espejo. Se acerca, mirándose, como extrañada de sí misma. Se acaricia el pelo suelto, vuelve a recogerlo en el antiguo moño y lo deja caer de nuevo sobre sus hombros. Se lleva las manos a la cara y cierra los ojos fuertemente, con furia o desesperación. La tarde ha ido cayendo y la habitación está en penumbra).

Enrique

(Entrando por la derecha).

La puerta estaba abierta y no he tenido más remedio que pasar. Supuse que todavía estaban cenando.

Miguelina

Encenderé las luces.

(Enciende la luz del techo).

Siéntese. Es usted un enamorado puntual.

Enrique

(Tomando asiento).

No quiero que Luisa se inquiete por mí. Son mis últimos días en el pueblo. Los amigos quieren despedirme todos a la vez. Ya sabe usted, tragos, música, paseos a la playa...

Miguelina

Un buen programa de despedida.

Enrique

No soy más que el pretexto. Ellos hacen sus fiestas de todos modos. Yo, en cambio, prefiero pasar aquí, con Luisa...

Miguelina

(Encarándolo).

¿Usted no quiere de verdad a Luisa!

Enrique

¿Qué dice?

Miguelina

Que debe demostrarle que la quiere.

Enrique

Eso trato de hacer.

Miguelina

Sí; llegando antes de la hora, cogiéndole las manos y asediándola hasta que consigue besarla...

Enrique

(Enrojeciendo).

La amo y la respeto.

Miguelina

¡Bravo! Ser respetada hasta ese extremo es casi lo mismo que ser temida. De ello puede resultar que Luisa no se case con usted... ni con nadie. Usted terminará por aburrirse a su lado y al fin la abandonará.

Enrique

Antes me abandona ella a mí...

Miguelina

Las mujeres como nosotras no abandonamos nunca lo que amamos. Usted, en cambio, se marcha... Escribirá todos los días hasta el momento en que empiece a decirse: "Hoy no tengo nada que contarle, lo dejaré para mañana". Y es que ya habrá comenzado a traicionar su recuerdo.

Enrique

(Dolido).

¡No sucederá como dice! Usted nunca había hablado conmigo más de dos o tres palabras. Me miraba con recelo. ¿Ha roto su silencio sólo para descorazonarme?

Miguelina

¡Quiero salvarlos! No vaya usted a la capital. No abandone a Luisa ni siquiera por unos días. Ese tiempo puede ser fatal. Míreme a mí: soy como una culpa en medio de esta casa. No permita que Luisa corra mi suerte. Abandone sus estudios. ¡Cátese...!

Enrique

Pero yo... ella... Sus padres no consentirían...

Miguelina

Haga entonces algo arriesgado. Pero no la deje entregada a tantos peligros. ¿No comprende usted que para una mujer sola la noche es un tiempo demasiado largo? Oigalo bien: tengo miedo por ella. ¡Sálvela!

Enrique

(Lleno de zozobras).

¿Es que algún peligro la amenaza? ¡Contésteme!

Miguelina

Sería inútil. Únicamente me está permitido ponerlo sobre aviso y mostrarle el camino... la solución.

Enrique

¿Cree, entonces, que debo renunciar a mi carrera si quiero conservar a Luisa?

Miguelina

Es lo que estoy tratando de decirle.

Enrique

Hace un momento estaba feliz y lleno de proyectos para el futuro. De pronto, todo se ha oscurecido a mi alrededor.

Miguelina

¡Súfralo! Es el precio que estamos condenados a pagar. Es cuanto tenía que decirle. Buenas noches.

(Sale por la puerta que da a su habitación. Enrique, después de haberse levantado, se desploma de nuevo sobre el asiento. Luisa entra por la izquierda. El no la siente venir. Ella le desliza un brazo por la espalda).

Luisa

¿Qué pides por esos pensamientos?

Enrique

(Sobresaltándose. Luego, tratando de sonreír).

Oh, Luisa, ¿eres tú?

(Le toma las manos).

Te los ofrezco gratuitamente: pensaba en tí.

Luisa

(Satisfecha).

Me alegro de que hayas venido temprano esta noche.

Enrique

(Levantándose).

Evito interrumpirles la cena.

Luisa

Sólo tomé un vaso de leche; no tenía apetito. Papá y mamá me regañaron por ello. Me levanté en seguida de la mesa... ¿Pero, qué tienes? Pareces preocupado.

Enrique

(Después de una lucha interior, resolviéndose).

Dime, Luisa, ¿no me encuentras un poco soso la mayoría de las veces? No soy el tipo de galán que parece atraer a las muchachas.

Luisa

¿Y se puede saber cuál es el tipo de galán que atrae a las muchachas?

Enrique

(Tomándola en sus brazos).

Podría ser más apasionado, si me lo propusiera, más romántico... Oh, Luisa, te amo tanto que podría ser lo que tú quisieras.

Luisa

Que seas un poco más tú mismo es cuanto deseo. Y no me abrasces así, tan efusiva y teatralmente. Papá y mamá saldrán de un momento a otro del comedor; te tienen por un muchacho serio y esa opinión no hay que echarla a perder.

Enrique

(Desilusionado, soltándola de su abrazo).

¿Quieres, en realidad, que sea un muchacho serio?

Luisa

No deseo que cambies.

Enrique

(Después de una pausa).

Pudiera ser que yo me enamorara de otra por allá...

Luisa

(Con naturalidad).

Entonces no habría remedio.

Enrique

Eso es lo malo, ¿no te das cuenta?

Luisa

Si te enamoraras de otra, ya no te importaría perderme. ¿Es una tontería?

Enrique

Trato de darte celos y sólo consigo angustiarme más. Tu tía Miguelina...

Luisa

¡Oh! Debí suponérmelo: ¡tía Miguelina!

Enrique

No llegó a decirme más que frases vagas, aunque sí inquietantes.

Luisa

(Eludiendo su mirada).

Tía Miguelina no sabe lo que dice. Está enferma. Se imagina cosas...

Enrique

Algo tratas de ocultarme.

Luisa

...No nos concierne a ninguno de los dos.

Enrique

Entonces, era cierto...

Luisa

¡Compréndeme!

Enrique

Tienes el deber de confiar en mí... ¡Te lo suplico! ¡Te lo exijo!

(Silencio obstinado de Luisa. Con desesperación).

Oh Luisa, ya no eres la misma; ¡me has traicionado!

Luisa

¡Estás imposible! ¡Te detesto!

Enrique

¿Lo ves? Al fin confiesas.

Luisa

(Tratando de contenerse).

No he confesado nada.

Enrique

Acabas de decirlo claramente.

(Don Antonio y Doña Inés vienen desde el comedor, a tiempo de oír las últimas palabras de Enrique).

Doña Inés

¿Qué es lo que Luisa acaba de decirte, Enrique?

Enrique

Este... yo... le decía a Luisa... ella...

Don Antonio

(Acudiendo en su ayuda).

Inés, los muchachos están peleándose como es natural entre novios. Eso es todo.

Doña Inés

Progresas, querido Antonio. Posees una tolerancia demasiado juvenil, que no va de acuerdo con tu edad.

Don Antonio

¿Va el smoking de acuerdo con mi edad?

(Doña Inés toma asiento en el diván sin atreverse a replicar. Don Antonio la mira y sonríe para sí).

Luisa, sírvete a Enrique una copita de anís. Le hará de reactivo. Puedes traerme una, también.

Luisa

¿Y tú, mamá, qué deseas?

Doña Inés

Nada, hija, el licor me da sueño y creo que de eso ya no puedo tener más. Un vistazo a esta revista de floricultura y a la cama. Mañana debo madrugar si quiero planear la nueva forma del jardín. Antonio, quiero decirte que desde mañana tendremos jardín. Es nuevo en el pueblo y necesita trabajo. Como María va a estar unos días más en el campo, me es imprescindible.

Don Antonio

Te mantienes fiel a tu costumbre; me lo comunicas cuando ya no hay más remedio que aceptar. ¿Qué sería de tí si no inventaras algo nuevo constantemente?

Doña Inés

¿Y qué sería de ti, querido, si yo no tratara de embellecerte la vida?

Don Antonio

Ya me la has embellecido lo suficiente. ¡Me siento colmado!

Doña Inés

No sé si hablas en serio o irónicamente. De todos modos, ¡gracias!

(Mientras tanto Luisa ha extendido una copa a Enrique, quien la toma después de carraspear nerviosamente. Luisa mira hacia otro lado. Luego da la otra copa a su padre y queda en pie, lejos del sitio que ocupa Enrique).

Don Antonio

(A Enrique).

Por tu próxima partida. Te deseo éxito y rápidos progresos.

Enrique

(Temeroso de lo que va a decir).

Creo, don Antonio, que no me iré todo lo pronto que yo esperaba.

Don Antonio

¿Cuándo tomaste semejante resolución?

Enrique

En realidad hace poco... sólo unos momentos...

(Atreviéndose).

Tal vez si Luisa y yo nos casásemos ahora...

Doña Inés

(Levantando los ojos de la revista y como si hubiera oído el anuncio del fin del mundo).

¿Qué ha dicho?

Enrique

Que tal vez si Luisa y yo...

Doña Inés

Luisa, ¿formas tú parte de este complot?

Luisa

(Con ira).

NI estoy metida en eso, ni quiero casarme con nadie.

Doña Inés

Mentes mal que tú no apruebas una idea tan descabellada.

(A Enrique).

Luisa no aceptaría a un muchacho sin porvenir.

Enrique

¿Es que no se toman en cuenta para nada mis sentimientos?

Don Antonio

Ustedes los jóvenes, suelen equivocarse casi con tanta frecuencia como nosotros los viejos. ¡Comprendemos! Quieres a Luisa y te aceptamos...

Enrique

(Con un destello de esperanza en los ojos)

¿Entonces?...

Don Antonio

...siempre que las cosas sigan su curso normal.

Enrique

(Desarmado).

He fracasado. Les ruego que me perdonen.

(Después de un momento).

Pido permiso para retirarme.

Doña Inés

Sin duda; puede hacerlo.

Enrique

(Sin atreverse a mirar a nadie, levantándose).

Buenas noches.

Don Antonio

Ve con Dios y descansa, hijo. Mañana lo verás todo mucho más claro.

(Enrique sale. Luisa tiene el rostro entre las manos. Una pausa).

Doña Inés

En nuestra juventud no nos sucedían cosas como éstas.

Don Antonio

Es que nunca tuve la suficiente inspiración como para proporcionártelas.

(Mirando a Luisa).

Buen muchacho, Enrique. Un tanto apasionado, pero será un yerno maravilloso.

Doña Inés

Bueno, si sigo levantada un rato más, las emociones terminarán por quitarme el sueño. Buenas noches, hija. Todo se arreglará. La felicidad necesita de unas cuantas lágrimas.

Luisa

(Más calmada).

Buenas noches, mamá.

(La besa).

Doña Inés

¿Vienes, Antonio?

Don Antonio

Terminaré esta copa.

(Doña Inés sale).

Luisa

Tía Miguelina tiene la culpa. Estuvo hablándole, aunque según parece no le relató su historia. ¡Ahora se interesa por mi felicidad!

Don Antonio

Tu tía Miguelina se nos ha convertido en un problema.

Luisa

Tenemos que hacer algo... ¡Pronto! La someterás a una estricta vigilancia médica o te la llevarás a la capital. Un cambio tal vez la favorezca.

Don Antonio

Esperaremos a mañana. Hablaré con ella y veremos lo que conviene hacer.

Luisa

Ultimamente nada parece salirnos bien. También está lo del medallón. Dice que se lo ha regalado a ese enigmático Sebastián.

Don Antonio

¿El medallón de nuestra madre?

Luisa

Sí. Forma parte de su comedia. No temas, aparecerá.

Don Antonio

De pronto me siento fatigado, temeroso...

Luisa

No luches, no te tortures. Vete y descansa.

Don Antonio

Para mí sólo existe esta casa y esta familia. ¿No seré ya impotente para defenderlas? Desearía darte fuerzas y lo único que consigo es comunicarte mi temor.

Luisa

Tu compañía es mi mayor consuelo.

Don Antonio

Gracias, hija. Enrique y tú deben ser felices... Perdónalo. No sabía lo que decía.



Luisa

Me sería imposible no perdonarlo.

Don Antonio

Esperaremos con impaciencia el día de mañana.

Luisa

Vete, que yo apagaré las luces. Sólo me quedará el tiempo de buscar alguna revista.

(Le da un beso en la mejilla).

Don Antonio

(Desde la puerta).

Trata de dormirte de una vez. Es lo mejor.

(Luisa acaba de apagar la lámpara del techo, quedando la habitación iluminada por la lámpara de pie. Miguelina aparece en el umbral de su habitación ataviada con la suntuosa bata blanca del primer acto. Toda ella está mejor acicalada y acusa arrogancia y determinación. Don Antonio y Luisa la contemplan anonadados. Don Antonio pretende hablar y no le salen las palabras).

Luisa

(Reaccionando rápidamente).

Hasta mañana, papá.

(Los dos se miran un momento. La mirada de Luisa es una súplica para que él se marche. Don Antonio ha comprendido y sale).

Miguelina

¿Por qué tanta extrañeza? Tengo una cita esta noche. Nada más claro.

Luisa

Una cita con un fantasma. ¿Has llevado las cosas demasiado lejos?

Miguelina

Una cita con un hombre joven que se llama Sebastián.

Luisa

Sebastián no existe.

Miguelina

Quien ha estado una hora entre sus brazos no puede dudar.

Luisa

Estás jugando con fuego. Tú sabes que esta es una farsa indigna de crédito. Lo has inventado todo para rebajarte y rebajarnos. Pero aún es tiempo. Tal vez estés confundida. Trata de distinguir la realidad de lo que no pasa de ser un sueño. Reconsidera tu situación. Da un paso atrás. Sálvate, tía Miguelina.

Miguelina

Lo llamo y me responde. ¿Qué más prueba? Todo lo que responde a un deseo, vive. Puedo dudar de todo menos de él, que me ha convertido en mujer para siempre.

Luisa

¿Si tan siquiera pudieras dudar...!

Miguelina

De los milagros no se duda. Son, y eso basta. Sebastián existe. Por él ya no estoy sola, ni despreciada, ni muerta. He logrado, al fin, lo que se me debía. No, no debo dudar. Lo acepto con toda mi alma y sigo adelante.

Luisa

Es un desconocido. ¿No le temes?

Miguelina

¿Temerías tú lo que te ofrece por primera vez en la vida un poco de seguridad?

Luisa

Te dejará de nuevo los brazos vacíos. Piénsalo bien. Cuando te hayas convencido, apaga la lámpara y vete a tu habitación, sola como siempre. Si somos valientes la verdad puede ser un gran consuelo. Destruye ese sueño, antes de que él te destruya.

Miguelina

Nadie podrá quitarme la realidad que he ganado para mí. ¡Vete de aquí! Esta hora me pertenece. ¿Quién eres tú? Una intrusa a quien apenas conozco. ¡Fuera de aquí, o se oirán mis gritos a varias leguas de distancia!

(Luisa sale apresuradamente. Miguelina recorre la habitación con la mirada. Arregla las rosas. Luego parece escuchar, inmóvil y como en vilo. Su rostro se transfigura. Se vuelve y tiende los brazos hacia el jardín. Sebastián aparece, lentamente. Ya no es el personaje fogoso del primer acto. Toda su figura emana poesía y serenidad. Miguelina, tendiéndole los brazos:)

Oh, Sebastián, por fin has vuelto. Estás aquí de nuevo...

Sebastián

Sí, he vuelto, Miguelina.

Miguelina

Estás aquí y eres mío, mío para siempre.

Sebastián

Suena como algo irremediable.

Miguelina

El verdadero amor es para siempre. ¡Dime que me amas para siempre!

Sebastián

¿No es suficiente decir que te amo?

Miguelina

¡Abrázame! Que yo te sienta vivir junto a mí, pegado a mi misma realidad.

(El permanece inmóvil).

¿Qué te pasa? Pareces fatigado.

Sebastián

(Desprendiéndose de ella, suavemente).

A veces estoy lejos. Me acordaba de un niño a quien esa palabra: "siempre", le causaba terror. Ese niño dejaba resbalar una piedra desde el borde de los aljibes y ella caía, caía, adelgazando su sonido hasta que sólo era perceptible la levisima punción del agua al absorberla. Ese era, para él, el significado de la palabra "siempre": un gran silencio en el fondo de los aljibes.

Miguelina

Sí; ahora te siento lejano, como si fuera a perderte.

Sebastián

Tal vez nos vamos a perder, momentáneamente. Quise dominarte, llevarte de la mano por lo desconocido. No sé si he sido bueno o perverso contigo, Miguelina. Perdóname, pero debo marcharme de este pueblo. Algo superior a mí me reclama, una fuerza que me mueve incesantemente de un lado para otro.

Miguelina

¿Es que acaso no puedes, por mi amor, renunciar a todo lo demás?

Sebastián

Mientras me siga descolgando por esa enredadera como un lagarto loco, me haré traición a mí mismo. Me estoy convirtiendo en una costumbre. En tu costumbre, Miguelina. Desde

que nací no he hecho otra cosa que luchar por dejar de ser una costumbre. No me traicionaré ahora que lo he perdido todo, hasta mi alma, según creo.

Miguelina

¿Es posible que sólo por tan corto tiempo hayas sido capaz de mantener en mí este sueño maravilloso? ¿Pero he dicho sueño? ¿Entonces ellos tenían razón? Quieres dejarme sin esa realidad que tanto he defendido...

Sebastián

¿Cuán dulce sería que me convirtieras en ese sueño!

Miguelina

Mi única locura ha sido la de creer en ti; no quiero que me la quiten. Deseo probarles que tú, existes. Prefiero quedar manchada por una culpa irremediable a ser esa santurróna ante la que nadie se atrevería a decir una palabra descompuesta. Cuando no creen en ti es que no creen en mis posibilidades de mujer. No me encuentran capaz de cometer esta clase de pecado. ¡Oh, Dios mío, nunca supuse que el pecado podría cometerse con tanta fruición y esperanza!

Sebastián

Sobre todo, amas tu venganza. Más que mi abandono te tortura el que no te crean.

Miguelina

No puedes marcharte. ¡Ayúdame! Preséntate a ellos y diles "yo soy Sebastián". Solamente eso: "Soy el amante de Miguelina. Existo". Necesito que me des esa prueba de amor.

Sebastián

Me voy, Miguelina...

Miguelina

Y yo que pretendía tener un hijo tuyo... ¿Tendrás el valor de irte, dejándome así, abandonada a los míos, vejada y sin contar con la prueba que me hará libre a sus ojos?

Sebastián

Volveré cuando menos lo esperes. Creo que no te olvidaré nunca, Miguelina... Guardaré el medallón de tu madre; él será tu victoria sobre mí.

Miguelina

¡El medallón de mi madre! Te lo llevas y me dejas sin pasado y sin futuro. Me llevas el recuerdo y lo que es peor, la esperanza. Oh, Sebastián, soy tuya, ¿qué más deseas? No me desprecies; no agregues tu desprecio al de los otros. Todo te lo doy, pero no me abandones...

Sebastián

¿Podrías darme esa ración de libertad que me hace vivir? No, Miguelina. No he venido a consolarte. Te traje un hálito de vida y ahora debo desaparecer.

Miguelina

¡Un sueño! No debes ser sólo un sueño para mí. Lucharé hasta hacer de ti una realidad. Existes: puedo verte, tocarte, estremecerme toda ante ti. No debo permitir que tu ausencia te destruya, sin que hayas dejado constancia de tu verdad. Te retendré a la fuerza, Sebastián.

Sebastián

No creas demasiado en mí. Es como si la noche me esperara. Piensa en mí como en una sombra más... Adiós, Miguelina.

(Le da la espalda y avanza unos pasos hacia el jardín).

Miguelina

¡No! No puedes abandonarme tan fácilmente. ¡Detente! No des un paso más...

(Saca un revólver del bolsillo de la bata. El se detiene y se vuelve, enfrentándola).

¿Creías que no estaba preparada para esto? Te mataré. Quien no existe no puede morir. Con tu muerte me probaré a mí misma tu existencia y se la probaré a los demás. Una bala en el

corazón y ya nadie podrá dudar. Dirán "ella lo ha matado" y estaré satisfecha.

(El retrocede hacia el jardín).

¡Detente!

Sebastián

Te quiero, Miguelina. ¡Adiós!

Miguelina

¡Detente, te digo!

(El sigue retrocediendo. Ella dispara. El se agarra el pecho y cae dando una vuelta con la elegancia de un bailarín. Su desaparición es súbita; se ha sumergido en la oscuridad con cierta levedad misteriosa, como si antes de caer se lo hubiera visto flotar).

¿Lo ves? ¿Lo ves? ¡Ya está hecho! Te he quitado la vida. Ahora existes. ¡Ahora es cuando realmente comienzas a existir!

(Llega Don Antonio por la izquierda, en zapatillas. Puede notarse la precipitación con que se ha puesto la bata sobre el pijama. Detrás de él irrumpen Luisa, jadeante. Viste de la misma forma que en las escenas anteriores).

Don Antonio

¿Pero qué pasa en esta casa? ¿Y ese disparo? Sonó aquí mismo, con tus gritos.

Luisa

¿Qué ha sucedido, tía? ¿Estás bien?

Miguelina

Tranquilicense. No me he quitado la vida. He sido yo la que ha matado a alguien.

Don Antonio

¿A quién has podido tú matar?

Miguelina

A mi amante... ¡A Sebastián! ¿No reconoces tu pistola? La sustraje de tu habitación esta mañana...

(Don Antonio se apresura a recuperarla).

El está en el jardín, desangrándose. La hora de la verdad no podía tardar.

Don Antonio

(Mira a Luisa lo que dura un relámpago. Luego corre precipitadamente hacia el jardín).

¡La luz, hija, pronto, la luz...!

(Luisa enciende la luz del jardín, que reluce al fondo como si fuera de día. Sale detrás de su padre. Miguelina se sienta en el diván y espera, con calma, en actitud de triunfo. Luisa vuelve muy lentamente, con una serenidad cargada de significado).

Miguelina

¿Lo has visto? Siento que lo hayas conocido muerto. Era fuerte y hermoso y la muerte no debe sentarle bien.

Luisa

(Después de una pausa).

No hay nadie en el jardín, tía Miguelina...

Miguelina

(Asombrada, se levanta).

Acabo de dispararle con mis propias manos. Lo he visto caer y arrastrarse hacia el jardín...

Luisa

Lo has imaginado, como todo lo demás.

Miguelina

(Casi en un grito).

¡Imposible! ¡Traman algo contra mí! El está allí, muerto. Es imposible que sea de otro modo. Busca cerca de la trinitaria. ¡Es necesario que lo encuentren!

Don Antonio

(Subiendo desde el jardín).

Nadie hay cerca de la trinitaria, ni en parte alguna. Trata de despertar, Miguelina. Estás enloqueciendo. Si te empeñas no podremos ayudarte.

Miguelina

¡Ha huido!... Ha tenido tiempo de huir, no existe otra explicación. Su sangre, sí, su sangre debe estar allí, en el primer pedazo, por donde lo he visto desaparecer.

Luisa

(Con resolución súbita).

Acércate... Ven...

(La toma de un brazo y la arrastra hacia el sitio. Miguelina vuela la cabeza, como si temiera).

Mira, tía Miguelina, ¿es este el sitio?... ¿Tienes miedo de mirar hacia acá?... Aquí debe estar la sangre de Sebastián... ¿Por qué no miras, entonces?...

Miguelina

(Volviendo el rostro lentamente, mira. Da un grito agudo, como si la hubiesen herido de muerte, y se tambalea. Luisa la sostiene. Luego, sollozando):

¡No puede ser posible! No estoy loca... El existe. ¡Existe...!

Luisa

Alégrate, tía Miguelina. Sólo has matado un sueño, un mal

sueño. Ahora puedes volver a tu paz, sanarte, descansar. Vamos a tu habitación. Debes dormir... Mañana estarás mejor.

Miguelina

(Se deja conducir, vencida. Al llegar a la puerta de su habitación mira hacia el jardín con un dolor infinito. Casi en un murmullo):

¿Por qué tenías que abandonarme?

(Sale. Luisa sale con ella y vuelve inmediatamente, cerrando la puerta tras de sí).

Luisa

Ve, papá, cerciórate de que mamá no se haya despertado.

Don Antonio

Cuando sonó el disparo dormía profundamente. Tiene el sueño pesado; no hay que temer.

Luisa

La enfermedad de tía Miguelina acaba de llegar a su punto culminante. Puede que sea para su bien. Ha sido un golpe para ella, pero ha empezado a darse cuenta de su error.

Don Antonio

(Sacando algo del bolsillo).

Luisa, ¿sabes qué es esto?

Luisa

¡El medallón! ¿Cómo lo conseguiste?

Don Antonio

Hace un rato... ¡Al pie de la trinitaria!

(Se miran asombrados mientras cae el

TELON)

## ACTO TERCERO

(Al día siguiente. Primeras horas de la tarde. La escena está bañada por una luminosidad intensa, cegadora hacia la parte del jardín. Don Antonio está de pie y parece fatigado. Se acerca a la puerta del cuarto de Miguelina y escucha. Silencio. Suspira con un dejo de preocupación. Suena el timbre de calle. Sale por la derecha y reaparece con Enrique).

Enrique

No tengo cómo pagarle lo que usted ha hecho por mí.

Don Antonio

Olvídate, hijo mío.

Enrique

¡Yo, dudar de Luisa!... Tuvo usted que revelarme esa historia tan íntima y dolorosa. Ha sido usted un verdadero padre para mí.

Don Antonio

De nada tiene que avergonzarte. Luisa, en parte, fue culpable por callar; se sentía perturbada, como si aquella hipotética culpa la hubiese alcanzado.

Enrique

Pero yo debí comprender... Estaba exaltado después de la conversación con la señorita Miguelina.

Don Antonio

Sí, hijo mío, Miguelina ha estado mal. El doctor ha venido dos veces esta mañana y dentro de poco estará aquí otra vez. Sus visitas han realizado milagros. La salvación de nuestros pueblos está en esos jóvenes que comienzan sus carreras modestamente, lejos de la competencia capitalista y que aún no han sido co-

rrompidos por ella. Ejercen su profesión denodadamente, como si cada paciente debiera cubrirlos de gloria. Ha hecho maravillas en sus visitas de esta mañana. Súbitamente Miguelina ha parecido calmarse. En mis tiempos no se conocía casi nada sobre esa nueva ciencia, y lo poco que se conocía era considerado como indecente. No deja de tener algo de hechicería esa manera suave e insistente con que realiza sus sesiones. Una palabra tras otra, palabras comunes, tan comunes que apenas si podemos creer que con ellas se logre curación alguna. Entonces, el paciente despierta a la realidad. En eso consiste la misión de esos hombres, en suministrar la realidad como una medicina. No sé si después los pacientes quedan felices, pero vuelven a la normalidad.

Enrique

Sabe usted mucho de todo eso.

Don Antonio

Al menos puedo repetir exactamente lo que el doctor me ha dicho. Cuando no sabemos una cosa lo mejor es repetir cuanto nos dicen acerca de ella. Es el secreto de ciertas erudiciones de salón.

Enrique

Me asombra que la señorita Miguelina haya podido mejorar tan rápidamente.

Don Antonio

El doctor parece pensar lo mismo. Miguelina luchaba entre la realidad y el sueño sin conocer sus límites. ¿Cómo puede haber aceptado la realidad tan fácilmente, después de haberse aferrado al sueño?... Sin duda la pregunta le preocupa. Piensa que todavía no ha pasado el peligro, puesto que la mente arma trampas insospechadas y ese estado de aceptación de Miguelina bien puede ser una de ellas. Veremos lo que saca en limpio de la sesión de esta tarde.

(Luisa entra por la izquierda. Enrique la mira sobresaltado, y ella baja la cabeza).

Hija mía, acércate. Enrique vino a preguntar por la salud de Miguelina.

Luisa

¡Ah, sí! Muy amable de su parte.

Don Antonio

También quiere que lo perdones.

Enrique

(Asintiendo).

¡Eso es! He sido un tonto.

Luisa

¿Lo dices de veras?

Enrique

Oh, Luisa, tú sabes muy bien que sí. No hice más que disparar. Iré a la capital y estudiaré. Estoy seguro, nunca estuve tan seguro, ¡tú me esperarás!...

Luisa

(Precipitándose en sus brazos).

Te perdono de todo corazón.

Don Antonio

(Carraspeando).

Bueno, bueno... asunto concluido. La felicidad ha vuelto a reinar entre nosotros.

Luisa

¿Y tía Miguelina?

Don Antonio

Descansa. En la penumbra de su habitación ha logrado serenarse. Creo que vamos ganando terreno.

Luisa

¿No teme el doctor una recaída?

Don Antonio

No creo. Por ahora todo marcha a las mil maravillas. Ni siquiera tu madre ha tenido que enterarse de los detalles enojosos. Anoche los ignoró porque dormía; hoy los sigue ignorando porque está despierta. Sólo parece extrañada con lo de la enredadera...

Luisa

¿Le dijiste que el doctor quería que fuese cortada inmediatamente?

Don Antonio

Sí.

Luisa

¿Qué excusa le has dado?

Don Antonio

La alergia: está de moda. Le expliqué que a Miguelina parecía hacerle daño la proximidad de esa trinitaria, con lo que no hizo ya más preguntas. Cualquiera explicación es buena para ella.

Enrique

No alcanzo a comprender el papel que juega la trinitaria en todo esto. Es hermosa...

Luisa

Demasiado hermosa: en ello estriba su peligrosidad. No sé que simbolismo tiene para tía Miguelina. Lo que sí parece cierto es que ha sido el punto de partida de su imaginación. Algo así como el peldaño entre la realidad y el sueño. Sobre ese peldaño se ha deslizado hacia ella ese fantasma que la estaba enloqueciendo poco a poco.

Enrique

¡Un fantasma!

Don Antonio

Te parecen, como a mí, creencias de gentes ignorantes. Simples supersticiones.

Luisa

Sin embargo hay una gran verdad en ello. ¿En qué piensa una muchacha cuando ve sobre un muro alto descender una cascada

de flores blanquísimas? A cada imagen responde una idea. Pensamos en la única cosa blanca que puede pensar una muchacha que ya ha dejado, por supuesto, de ser una niña. Pensamos en boda, en tules, en el novio esperando a través de tanta blancura...

Don Antonio

Siempre he dicho que la imaginación es un peligro para las mujeres. No hay por qué asociar a una simple enredadera, por el solo hecho de que sea blanca y esté pegada a un muro, tantas visiones extraordinarias.

Luisa

Tía Miguelina pasaba horas contemplándola. Hasta que imaginó toda la historia, los escalamientos nocturnos...

Enrique

Es extraordinario, increíble

Luisa

Queda, también, el asunto del medallón.

Don Antonio

Ella misma lo habrá puesto allí, al pie de la enredadera. No podemos creer que su galán lo perdiera en la fuga. Sería darle la razón a esos sueños que estamos tratando de destruir.

Luisa

¡La destrucción de los sueños! No sé por qué me da miedo oír hablar de ello. La mejoría de tía Miguelina, ¿no podrá traernos un trastorno mayor que el de todas sus imaginaciones? Necesitamos en cierta manera nuestros sueños, tanto como nuestra realidad. Dejar sin sueños a un ser humano, ¿no es dejarlo, también, sin su realidad?

Don Antonio

Hija mía, no permitas que tu inteligencia llegue a torturarte. Lo que hacemos es lógico y necesario y Miguelina parece aceptarlo como un bien. No pienses más en ello.

Luisa

Está bien, papá. Trataré.

Enrique

Ahora necesito que pienses un poco más en mí.

Doña Inés

(Entrando desde el jardín)

Acabo de ordenar al jardinero que corte la trinitaria. ¿Cómo se llama la enfermedad que produce?

Don Antonio

Alergia, querida.

Doña Inés

¡Qué no inventarán los médicos hoy en día! Buenas tardes, Enrique. ¿Ha vuelto usted a insistir en lo del matrimonio? Me parece inexplicable su conducta de anoche. Sólo el sueño que tenía me quitó los deseos de discutir el asunto con usted.

Enrique

He venido a disculparme... Verdaderamente lo lamento, doña Inés.

Doña Inés

Pues vuelve usted a contar con mis simpatías. Luisa es demasiado joven para casarse y usted... pues ya ve, usted no tiene edad todavía.

Luisa

¡Mamá! Si Enrique y yo no podemos casarnos es porque él tiene que terminar sus estudios. Por otra parte, somos capaces de llenarte de nietos...

Don Antonio

Inés, has puesto el dedo en la llaga. Decir joven a la juventud viene a ser como despreciarla.



Doña Inés

¡Nietos! ¿No podía ocurrírsete otra cosa mejor ahora que estoy rehaciendo el jardín? No quiero muchachos traviosos que me maltraten las plantas.

(Todos sonríen).

¿Era necesario obedecer tan ciegamente al médico en eso de cortar la trinitaria?

Don Antonio

Indispensable, querida.

Doña Inés

Bueno, plantaré dalias y claveles... alegran más. Además la trinitaria es una flor que no huele... una flor demasiado triste. Sin contar con lo de la alergia.

(Miguelina llega desde su habitación. Viste el traje sencillo del primer acto).

Miguelina

¿A qué hora dijo el doctor que volvería?

Don Antonio

No tardará. Será cosa de media hora a lo sumo.

Doña Inés

Miguelina querida, ¿estás bien?

Miguelina

Me siento perfectamente.

Luisa

Pareces esperar al médico con agrado.

Miguelina

No debo temerle; me está curando. Ah, Enrique, le debo a us-

ted una satisfacción. Anoche tenía un poco de fiebre, estaba fuera de mis cabales y le dije a usted unas cosas de las que realmente me avergüenzo.

Enrique

No tiene importancia. Olvidelo; fue debido a su enfermedad.

Miguelina

(Como repitiendo algo que ya se le ha dicho).

Sí; la enfermedad es la causante. He tenido alucinaciones. Eso dicen. La falta de pruebas es aplastante. Eran necesarias algunas pruebas. Debemos esgrimir a cada instante nuevos datos. Nos damos la mano para reconocernos, para estar ciertos de que la apariencia no nos engaña. Todo contacto es un dato que debemos acumular y asociar a los demás. Nada de lo que me acaba de suceder es real, puesto que no ha dejado constancia alguna que lo haga reconocible. Ni un testigo, ni una huella.

(Ligeramente perturbada).

ni una gota de sangre...

Doña Inés

(Entre divertida y extrañada).

¿Sangre? ¿Has matado a alguien, Miguelina?

(Hay un momento de tensión).

Miguelina

La prueba aún no aparece.

Doña Inés

Es realmente gracioso, Miguelina, graciosísimo...

(Ríe. Los demás respiran, aliviados).

Hace tiempo que no te oía decir algo semejante. Sí, Antonio Miguelina está mejor. Debo felicitar al doctor. Avísame cuando llegue. Es gracioso, graciosísimo...

(Sale riendo).

Enrique

Ven, Luisa, esperaremos en la sala. No debemos estorbar cuando llegue el médico.

(Salen por la derecha).

Don Antonio

Iré a esperarlo fuera. Descansa, mientras tanto.

Miguelina

(Tomándole una mano de manera fría y formal).

Gracias, Antonio...

Don Antonio

Hago lo que debo, Miguelina.

Miguelina

¿Qué esperas tú que deba decirte? Porque algo debería decirte...

Don Antonio

No te esfuerces. Descansa. Nada ha trascendido fuera de esta casa.

Miguelina

Lo sé. Esa es tu fuerza: creas honorabilidad. Sí, es bueno vivir aquí, sentirse formar parte de todo esto. Gracias, Antonio. Has hecho muchísimo por mí.

(Don Antonio, sinceramente turbado, sale por la derecha. Miguelina queda sola, sentada en el diván, de espaldas al jardín. La tarde cae suavemente. Silencio. Sebastián entra por el fondo con el brazo herido levemente soliviantado. Hay una gran expectativa en el rostro de Miguelina. Volviéndose, con ansiedad, murmura):

¿Eres tú?

Sebastián

Quiero que me oigas un momento, pero conservando tu serenidad. Nada de arrebatos y sobre todo, nada de pasión. Esta es una entrevista que casi sucede en el recuerdo, más allá de toda posibilidad. Acuérdate: te está prohibido creer en mí.

Miguelina

¿Cómo has podido llegar hasta aquí?

Sebastián

Como las demás veces.

Miguelina

Sí, pero la noche te era más propicia. Ahora, contemplándote así, de día, me pareces algo incongruente, vacío de significado. ¿No tienes miedo a que te encuentren?

Sebastián

De momento no hay peligro. Te han dejado sola para que medites, antes de enfrentarte por última vez, en el día de hoy, a tu médico. Debes descansar y no pensar en nada. ¡Ni siquiera en mí!

Miguelina

Te miro y siento que un mundo de imposibilidades nos separa. Es como si te rodeara un vacío que ya no me fuera permitido atravesar.

Sebastián

Es el vacío en que suceden las despedidas. Debo desaparecer.

Miguelina

Has vuelto. Has vuelto cuando más te necesito.

Sebastián

¿Es que aún existo, Miguelina?

Miguelina

Quieren privarme de ti, arrebatárteme. Tengo miedo, Sebastián, un miedo atroz a carecer de tu amor.

Sebastián

Acuérdate: ¡tú me has matado! Has disparado sobre mí y ese es ya mi verdadero fin. Comienza a serlo. El resto viene después, en el recuerdo mismo. He venido a ayudarte a matar ese recuerdo.

Miguelina

¡No! Nunca me quitarán este recuerdo. Dicen que no debo creer en ti. Trataré de recordar toda la vida que no debo creer en ti para que de esa forma me sea imposible olvidarte. Además te veo, estás ahí, me llenas el corazón de verdad. Conservas mi disparo en el hombro: he ahí la prueba. Tu sangre no estaba allí donde la vi caer; estoy dispuesta a declarar que en eso sí me engañé. Pero tu herida no me engaña. Ella me prueba que vives, es la señal que te hace mío. Pobre amor mío, y yo te creí muerto...

(Se acerca y va a tocarle la herida).

Sebastián

(Retrocediendo).

¡No te acerques! Esa evidencia no la tendrás más. Ya no te será dado tocarme. Me has convertido en un fantasma. Tus ojos, tus oídos, pueden engañarte, pero deja que nuestros cuerpos se ignoren mutuamente.

Miguelina

Mi cuerpo, que ha sido tuyo, no podrá ignorarte nunca.

Sebastián

He muerto anoche, Miguelina.

Miguelina

¿A qué has venido, entonces?

Sebastián

Para ayudarte.

Miguelina

¿Cómo podrás hacerlo?

Sebastián

Dándote valor para que des el paso decisivo. Debes amarme hasta el punto de renunciar a mí. Reniega de mí y me tendrás para siempre. "Para siempre", ¿te acuerdas?

Miguelina

(En un susurro).

El fondo del aljibe...

Sebastián

Allí, ignorados de todos, hasta de nosotros mismos. Apenas un leve círculo de agua. Algo como el último temblor de un recuerdo. Sumérgete sin miedo. Olvida. Cierra los ojos, y me ganarás para siempre.

Miguelina

Tengo miedo. Me siento mal, Sebastián. No me abandones. Un velo nubla mi vista. ¿Dónde estás? ¿Dónde?

(Cierra los ojos fuertemente).

Sebastián

A tu lado.

Miguelina

(Sin abrir los ojos).

Dame tu mano, ayúdame.

Sebastián

Gira sobre tí misma.

(Ella queda de espaldas a él)

No debes moverte hasta que me vaya. Un solo movimiento tuyo apresuraría mi partida.

Miguelina

(Abriendo los ojos).

¿Tampoco debo verte?

Sebastián

Sólo oírme. Es preciso que te despojes de mí. Cuando el médico vuelva, todo habrá concluído entre nosotros. Vivirás una nueva vida.

Miguelina

No deseo vivir sin tí.

Sebastián

Acuérdate, tú y yo seguiremos... Sólo deberás entregarte a las transformaciones. Nada se pierde. Verás como la vida sigue igual, reconocible aún dentro de las nuevas apariencias. En todas ellas me reconocerás. Volveré y tú lo sabrás. No sé con qué nombre, no sé con cuál rostro, pero para tí será lo mismo que seguirme estrechando entre tus brazos.

Miguelina

Suena como una promesa maravillosa.

Sebastián

Sólo debes decir: consiento.

Miguelina

(Levantando los brazos, perdida).

Me es imposible, Sebastián.

Sebastián

(Con firmeza).

Debes decir: consiento.

Miguelina

(Repetiendo como en un ensalmo).

Consiento.

Sebastián

Desaparece de mí, de mi memoria...

Miguelina

Desaparece de mí, de mi memoria...

Sebastián

(Retrocediendo).

Muere, Sebastián...

Miguelina

(Con esfuerzo sobrehumano).

Muere... Sebastián.

(El ha desaparecido. Ella se vuelve. Corre hacia el jardín y llama patéticamente con un último destello de memoria).

¡Sebastián!

(El doctor ha entrado seguido de don Antonio, quien lo mira acongojado, comprendiendo que algo acaba de pasar. El doctor le hace una seña para que los deje solos. Don Antonio sale).

Doctor

¿Llamaba usted a alguien, señorita Miguelina?

Miguelina

(Volviéndose. En su rostro hay angustia y extrañeza).

Es curioso. No me he dado cuenta...

Doctor

¿Qué nombre decía usted, al yo entrar?

Miguelina

(Tratando de recordar).

Estoy confundida... lo llamaba a él... pero...

Doctor

Le es difícil a usted decir ese nombre. Buen síntoma. Las fuerzas defensoras de su cerebro tratan de echar una cortina sobre ciertos recuerdos que le son nocivos, perjudiciales.

Miguelina

No he olvidado, todavía.

Doctor

Ya ha comenzado a hacerlo.

Miguelina

Acabo de tener una entrevista... Sin embargo, no juraría que ha ocurrido en realidad. No debo creer en tales cosas. La recuerdo, sí, pero como puede recordarse un sueño.

Doctor

Sus propias experiencias, ¿no han ido tal vez debilitándose? Su primer encuentro con él, ¿no fue acaso mucho más vivido que este último?

Miguelina

Lee usted mis pensamientos.

Doctor

Es que ha comenzado usted a vencer ese fantasma que oscurecía su mente. Basta razonar, comprender, para salir vencedores de tales demonios. Antiguamente a los endemoniados se los exorcizaba con palabras mágicas... Lo mágico, ahora, es el conocimiento. Ahora usted comprende, conoce las razones de lo que ha sucedido... Usted acaba de pasar por un estado de fiebre y ansiedad que le provocó una suerte de espejismos a los que su mente se aferró con desesperación.

Miguelina

Sí. Estuve endemoniada. Sólo visiones de pecado y de muerte quedan en mi alma.

Doctor

Resígnese. Vuelva usted a su vida de antes, a su familia, a sus ocupaciones, a su...

Miguelina

Sí, dígalo... ¡A su soledad!

Doctor

A su verdad, diría yo.

Miguelina

(Aferrada aún a ciertos pensamientos).

Espere, doctor, ¿y el medallón? ¿Dónde está el medallón de mi madre? El lo tiene, lo guarda sobre su corazón, esa fue su promesa. No me engaño, doctor... El guarda mi medallón sobre su pecho.

Doctor

(Sacándolo del bolsillo).

He aquí su medallón. Fue encontrado al pie de la trinitaria, la noche en que usted disparó al vacío...

Miguelina

¡Imposible! El no me dijo que lo había perdido...

Doctor

Usted misma puso el medallón en aquel sitio. Fue usted quien urdió todo el engaño de punta a cabo. No recuerda los hechos porque no le conviene recordarlos, porque a su mente enferma no le conviene recordar más que aquello de que usted estaba ávida.

Miguelina

(Como si hablara consigo misma).

Me dijo que todo se transformaría, que lo aceptara todo, si quería unirme a él para siempre.

Doctor

¿Se siente usted mal de nuevo?

Miguelina

Un pequeño malestar, pero me recobro.

Doctor

Haga memoria. Esfuércese en que la mente le traiga el recuerdo justo. ¿Puso usted el medallón allí donde fue encontrado?

Miguelina

Si. Lo puse.

Doctor

¿Con cuál motivo?

Miguelina

Con el de engañar.

Doctor

¿Acepta usted que todo fue una comedia hilvanada por su subconsciente para dar una válvula de escape a su vida gris y monótona? ¿Cree usted realmente en ello?

Miguelina

Lo acepto. Lo creo.

Doctor

¿Está usted decidida a no dejarse ofuscar más por meras fantasías y a poner sus ojos solamente en el mundo real e inmediato?

Miguelina

Estoy decidida a ello. Esto es una silla, aquello una lámpara, allá hay un ramo de rosas, usted es mi médico y ésta soy yo, una mujer nueva, ya sin sueños, retornando a una realidad que no la asusta.

Doctor

Y ésta es el medallón de su madre. Guárdelo.

Miguelina

(Tomándolo. Lo mira lentamente).

Hermosos brillantes. He tenido suerte al recobrarlo.

Doctor

Está usted en disposición de enfrentarse nuevamente a su familia, libre ya de su error. Salvo su cuñada, quien lo ignora todo, se han mantenido angustiados pensando en que éste fuera un caso incurable.

Miguelina

Han sido demasiado buenos conmigo. ¡Pobre hermano y pobre Luisa! No han merecido esta prueba. Llámelos usted y que me vean transformada de nuevo en la verdadera tía Miguelina.

Doctor

Los llenará de felicidad.

(Abre la puerta de la derecha y hace una señal. Entran don Antonio, Enrique y Luisa. Un momento de silencio).

Miguelina

Me siento apenada por lo sucedido. Estuve sumida en la oscuridad y el error. Pido que me perdonen.

Don Antonio

Has estado enferma. No tienes la culpa.

Miguelina

Enrique, en cuanto a usted, celebro que desee estudiar. Un título universitario es el verdadero cimiento del bienestar. El tiempo pasa pronto y Luisa, por otra parte, es una muchacha paciente. ¡Lo esperará!

Enrique

Vuelve usted a darme los ánimos necesarios. Gracias.

Miguelina

(A Luisa, entregándole el medallón).

Tómalo. Es tuyo. Te pertenece.

Luisa

Oh, tía, tía querida.

(La besa).

Siempre lo quise poseer, aunque no pensé que lo mereciera. Es un recuerdo demasiado precioso.

Miguelina

Si, Luisa, dejamos un poco de nuestra vida encerrada en esos objetos.

Don Antonio

Doctor, no sabemos cómo pagarle lo que ha hecho por mi hermana. Nos la ha devuelto usted más sana y con una seguridad que verdaderamente nos sorprende.

Miguelina

Lo que mi hermano quiere decir es que me ha perfeccionado usted.

Doña Inés

(Entrando por la izquierda).

Creo que algo está sucediendo aquí sin mi permiso. ¿Se va usted, doctor, o es que acaba de llegar?

Doctor

Creo que nada tengo ya que hacer en esta casa.

Doña Inés

¿Ha pasado ya todo peligro de contagio? Le temo mucho a esas nuevas enfermedades.

Doctor

Ah, sí, por supuesto.

Miguelina

Querida Inés, moriría de pena si pensara que, por un momento, he podido causarte el más leve trastorno.

Doña Inés

Pero Miguelina, ¡qué palabras tan bellas estás diciendo!

(Al doctor).

¿Es usted médico o profesor de buenos modales?

Miguelina

Es que de pronto he comprendido lo mucho que te debo.

Doña Inés

(Al borde de las lágrimas)

¡Cuánto has tardado en hacerme justicia! Pero te lo perdono. Y para que veas lo bien dispuesta que estoy, propongo una celebración. Se quedarán todos a cenar. Usted doctor, usted Enrique.

Doctor

Me uno a tan bella idea aunque lamento no poder aceptar. Los médicos no podemos darnos esos placeres. Nos llaman cuando menos lo esperamos y debemos estar siempre listos. Los dejo a ustedes, pues, en el mejor de los mundos posibles.

Miguelina

Realmente sentimos que no se quede usted, doctor.

Don Antonio

Es lamentable.

Doña Inés

Puede volver cuando lo desee.

(Mirando a Miguelina).

Entre la alergia y usted han obrado milagros.

Don Antonio

Lo acompaño, doctor.

(El doctor hace una reverencia).

Miguelina

Adiós, doctor.

(Don Antonio y el doctor salen).

Doña Inés

(A Miguelina).

Será una doble celebración. Tu restablecimiento y la despedida de Enrique.

Enrique

Dentro de unos días comienzan las inscripciones en la Universidad.

Luisa

Trataré de convencer a papá para que demos un viaje a la capital antes de tus vacaciones.

Doña Inés

No nos vendrían mal algunas compras.

Luisa

(A Enrique, con malicia).

Sí; además una novia debe preparar su ajuar con anticipación.

(El rostro de Enrique está iluminado).

Miguelina

En la mesa brindaremos por su porvenir y el de Luisa.

Don Antonio

(Volviendo).

Por ellos y por tí, que bien te lo mereces después de tan dura prueba.

Doña Inés

Antonio, acompáñame. Te encargarás de algunos detalles, mientras yo dispongo la cena.

Don Antonio

Me llevan de un lado para otro y no debo objetar. Eso quiere decir que, después de todo, soy indispensable.

(Con sorna).

No hay que hablar, Inés, tú ordenas y yo obedezco.

Luisa

No te queda otro remedio, papá.

(Don Antonio se siente renacer. Coge el brazo de su mujer, quien lo mira extrañada. Le palmea la mano con ternura. Salen como dos jóvenes que disfrutasen de su luna de miel).

No hay nadie como ellos. A su modo, son inmensamente felices.

Enrique

Es el ejemplo que trataremos de imitar.

Luisa

Ahora pondremos un poco de música en la sala.

Enrique

Buena idea.

Luisa

Primero un vals para tí, tía Miguelina.

Miguelina

Siempre me ha gustado el vals.

(Miguelina queda sola. Enciende la luz de la lámpara de pie. Mira a su alrededor. Está cansada, vacía. Se recuesta en el diván y suspira. Toma una revista. La deja. Se oye un vals lento. La escena es extrañamente la misma del primer acto. Por el fondo aparece el jardinero; trae un ramo de trinitaria blanca en la mano. Viste un pantalón marrón oscu-



ro y camisa a cuadros. Aunque su vestimenta no es parecida a la de Sebastián, su aparición está cargada de resonancias anteriores).

Jardinero

¿Está la señora? Ya he terminado mi trabajo.

Miguelina

(Incorporándose. Lo mira fijamente, extrañada. Luego le sonríe, como si le hubiese reconocido).

¿Entonces, eres tú?

Jardinero

Verá usted. Yo soy el nuevo jardinero y...

Miguelina

Te reconozco. Has vuelto como me lo tenías prometido. No has tardado.

Jardinero

No la comprendo, en absoluto...

Miguelina

Es maravilloso. A pesar de la transformación sé que eres tú. no ya un sueño, tú en carne y hueso, esperándome con tus brazos fuertes tendidos hacia mí y el ramo de novia en tu mano.

Jardinero

Acabo de cortar la trinitaria como la señora me lo ha mandado. He venido a decírselo.

Miguelina

¿Has cortado tú, tú mismo, nuestra hermosa trinitaria blanca? ¿Por dónde te descolgarás entonces cada vez que quieras volver a mí?... Ah, ya veo... Hemos vencido al fin. ¡Hemos vencido! Cortaremos todas las trinitarias del mundo. Ya no las necesitaremos más. Soy tuya. Voy hacia tí... Tú has venido a quedarte para siempre...

(El jardinero se mantiene al fondo de la escena como un símbolo. Suelta poco a poco el ramo de trinitaria mientras Miguelina, transfigurada, tiende sus brazos hacia él. Sigue el vals mientras cae el

SEMINARIO MUL. "DISCIPLINARI"  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS

TELON FINAL